

Revista de **FOLKLORÉ**

N.º 291



José Manuel Fraile Gil ■ Ángel Hernández Fernández
José R. López de los Mozos ■ Fernando Represa Pérez

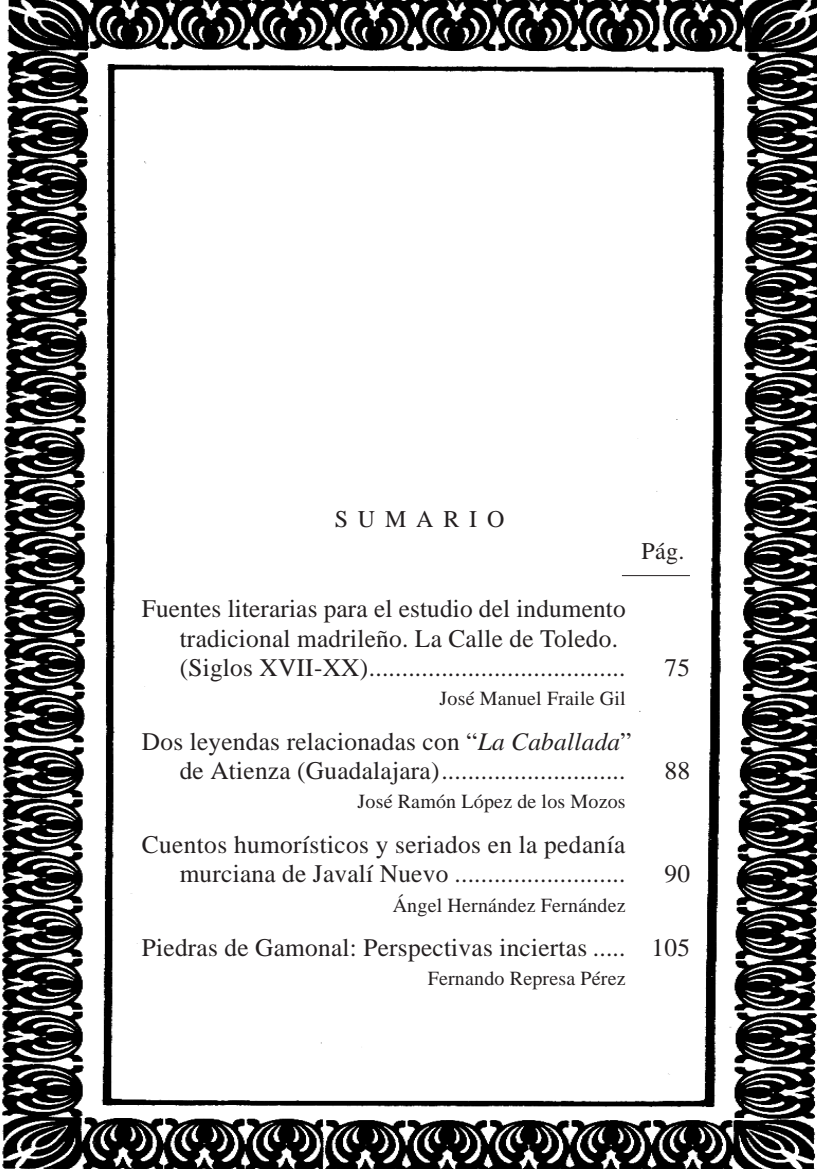
Editorial

La vida de la cultura tradicional siempre ha estado en constante agonía, en perpetua lucha contra el olvido y contra la molición del abandono. El interés, la dedicación, el gusto por lo propio y por los valores que pudiesen hacer más digna y más cierta la existencia fueron, durante siglos, el antídoto más eficaz contra aquella crónica expiración. Todos los conocimientos que se transmitían –fuese en forma de prosa o de poema, cantados o no– requerían una atención especial para ser fijados y una memoria tenaz para ser recordados y repetidos. Algún reflejo instintivo y especial actuaba contra la desidia y la negligencia, para prolongar, más allá del tiempo, los mitos y sus personajes, la identidad y sus formas, la cultura y sus recursos. Si desapareciese todo eso algún día estaría en peligro la especie humana y su propia estimación.

Las modernas recopilaciones vienen a descubrirnos un secreto a voces. Se transmite en forma de melodías, recitados o escritura algo más que situaciones y temas concretos. Se entregan signos, enigmas, claves para interpretar la vida por encima de la estética, de la moda o de la propia voluntad de los individuos.

En cualquier caso, parece advertirse una cierta diferencia entre memoria y recuerdo. En la palabra memor habría un uso voluntario de la inteligencia y en la recordación intervinería el corazón. La primera, por tanto, sería el método para hacer presente el motivo. Y motivos, personales o colectivos, ha habido y hay muchos: recuerda el individuo los cantos de su niñez y se despierta todo un mundo emotivo y poético. Los sefardíes recordaban para sobrevivir. Los serbios para mantener la identidad. Los navajos para seguir creyendo en el sol, la luna y el viento. La memoria, entendida como la facultad de rescatar del pasado elementos fecundadores de la personalidad y de la vida, oscila así entre un recuerdo genético y la historia común... ¿qué futuro aguarda a una sociedad que ha renunciado voluntariamente a la memoria?





S U M A R I O

	Pág.
Fuentes literarias para el estudio del indumento tradicional madrileño. La Calle de Toledo. (Siglos XVII-XX)..... <div style="text-align: right; margin-right: 20px;">José Manuel Fraile Gil</div>	75
Dos leyendas relacionadas con “ <i>La Caballada</i> ” de Atienza (Guadalajara)..... <div style="text-align: right; margin-right: 20px;">José Ramón López de los Mozos</div>	88
Cuentos humorísticos y seriados en la pedanía murciana de Javalí Nuevo <div style="text-align: right; margin-right: 20px;">Ángel Hernández Fernández</div>	90
Piedras de Gamonal: Perspectivas inciertas <div style="text-align: right; margin-right: 20px;">Fernando Represa Pérez</div>	105

Fuentes literarias para el estudio del indumento tradicional madrileño. La Calle de Toledo. (Siglos XVII-XX)

José Manuel Fraile Gil

Durante el Siglo de Oro las clases madrileñas más acomodadas mercaban los géneros y telas para vestirse en la calle Mayor, donde hasta los últimos años del Siglo XX tuvieron su sede un par de comercios especializados en la venta de paños finos. Los menestrales y sirvientes por su parte adquirían sus galas, ya fueran nuevas o *medio andadas*, en la de Toledo o en el laberinto de callejuelas que conforman su entorno: ya fuera en los portales de pañeros que abren la vía en plena Plaza Mayor, ya en la paralela Cava Baja o bien en la Plaza de la Cebada y sus aledaños. Como iremos descubriendo, al pasear por las actas coloristas que los escritores de los Siglos XIX y XX levantaron de esta calle de Toledo, en aquel rincón madrileño sentó sus reales todo el ramo de comercios relacionados con las artes de la madera, del cuero, del cáñamo y el esparto, de la loza, y aun de los que expendían plata, cera y confituras. Todas estas industrias fueron orillándose al margen derecho de la toledana calle, cuando en 1732 los lenceros triunfaron sobre los artesanos de la madera que obraban en la calle perjudicando con su quehacer al público de quienes ofrecían sus géneros en el in-



Entre la Calle de Toledo y la inmediata Plaza de Puerta Cerrada se asentó el gremio de los tintoreros que dieron su nombre a esta breve calle, llamada a veces también **De los tintes**. (Foto R. Huetos Molina)

terior de las tiendas. A partir de entonces nuestra calle se dedicó de lleno a vestir al gentío que poblaba los barrios bajos de Maravillas, del Avapiés y el Barquillo.

Pero antes de entrar en materia, algo diremos de la Calle Mayor y del selecto comercio que allí hubo, pues de aquel tráfafo mercantil hay multitud de referencias desparramadas en toda la literatura del Siglo de Oro. Según el plano trazado por el portugués Texeira en 1656, la porción comprendida entre la Puerta del Sol y la calle del Bonetillo se llamaba en el Siglo XVII Calle Mayor, como en la actualidad; la parte que media entre ésta y la de Milanese era entonces la Puerta de Guadalajara, destruida por un incendio en 1582, y desde ésta a la Plaza de la Villa estaban las Platerías. *Ruaban* por ella las damas de coche y los galanes que desangraban allí la bolsa para favorecer sus amoríos. Un personaje calderoniano enumera así todo cuanto podía ferirse: "...si a las confiterías vas de la Calle Mayor, en ellas hay puntas, cintas, abanicos, guantes, medias, bolsos, tocados, pastillas, bandas, vidrios, barros y otras diferentes bugerías" (1). En *La vida de don Gregorio Guadaña* dice su autor refiriéndose a una explotadora de la generosidad masculina: "...Jugaba con armas dobles y podía vender destreza a cuantas se armaron en la calle Mayor de corsarias" (2). Tirso, por su parte, habla así de los dares y tomares que hubo en ella entre galanes y damas: "MELCHOR: ...¡Brava calle! / VENTURA: Es la Mayor, / donde se vende el amor / a varas, medida y peso" (3); y al fin, Castillo Solórzano la compara con la Cal de Francos sevillana en una novela picaresca que mucho juego habrá de darnos unos párrafos en yuso: "...Madrugamos por ir primero a la calle de Francos a comprar algunas cosas necesarias, que es allí lo que la calle Mayor de Madrid. Paró el coche en una tienda donde nos apeamos las dos, yendo en embozo [...] sucedió pues que entrando en esta tienda se llegaron a ella dos caballeros mozos [...], pues como nos vieses comenzaron a trabar conversación toda en orden a que nos descubriésemos y tomásemos lo que fuese de nuestro gusto en la tienda" (4).

Pero dejemos a las tapadas de medio ojo y a los lindos de jaulilla con sus holandas y rasos devaneando en aquellas calles del lujo, para volver a la madrileñísima de Toledo donde andaban mercadeando con el paño y lienzo de sus vestidos los menestrales que desde aquí van a ocuparnos. Para ello espigué un manojito de textos literarios que durante cuatro siglos dan fe del comercio que en nuestra calle hubo. El primer pilar que sustentará el acueducto que hemos proyectado desde el Siglo XVII hasta las primeras décadas del XX, que acabamos de ter-

minar, se asienta en una novela picaresca que ya nos es conocida y que si algunos califican de menor, conforma a mi juicio —junto a sus otras dos hermanas— una auténtica enciclopedia de la vida madrileña bajo el reinado de Felipe IV. Me refiero a *La niña de los embustes*, Teresa de Manzanares, que Castillo Solórzano dio a las prensas en 1632 (5). Se cuenta en ella la azarosa vida de una avispada mujer que fue concebida, fuera del vínculo, a orillas del Manzanares, del que tomó apellido. Pero antes cuenta Teresa, en los primeros capítulos del libro, cómo su madre llegó a la Corte desde Galicia provista sólo de lo poco que hurtó a una tía mesonera, y tras haber perdido en Segovia el tesoro de su doncella. Ya en Madrid, asentó plaza como maritornes en un mesón, pero decidió antes mercar galas en la calle de Toledo, que era ya por entonces donde “las sirvientas de mantellina” buscaban su aparejo: “...Era por tiempo de entre las dos Pascuas, y cerca de la de Pentecostés, con lo cual propuso Catalina salir en limpio, que hubiese que ver en ella; y así, fingiendo ir a verse con el pariente, trujo dinero con que rogó a su ama le comprase lo necesario para vestirse. Era buena mujer la huésped, y viendo que el lucimiento de su criada le era mejoría de la casa y crédito de su mesón, se holgó que sin pedirla nada adelantado tuviese con qué vestirse, y así se ofreció a salir a comprar con ella lo necesario. Valióle el no haberle revelado el hurto a su galán el verse vestida, pues eso fue la piedra fundamental para su medra”. Apunta Solórzano neste primer párrafo la importancia del atuendo en una época en que la sociedad toda vivía dominada por el sistema de signos exteriores. La apariencia tenía entonces —por mucha que tenga hoy— tanta importancia que, más que ser, se trataba de parecer; de ahí que los pícaros cambiasen —en cuanto les era posible— de apariencia, como culebra de camisa. Dado que no había por entonces, ni la hubo hasta mucho más tarde para el común de los mortales, una medida oficial del tiempo vivido; cada quien tenía la edad que representaba, la que los demás percibían en sus arrugas o en sus canas. Pero también uno era lo que indicaba su atuendo, así de clara era la diferenciación social y económica en el vestido. Parecía haberse apoderado de Catalina el espíritu del refrán que dice: *Ponte corbata, que según te ven, así te tratan*.

Veremos cómo, dentro cada cual de su pobreza, procuraron siempre las clases humildes mimar su atavío y dedicar a él no poca parte de su exiguuo salario. Pero volvamos a la compañía de nuestra protagonista que está a pique de trocar su estampa, y para ello: “...Llegó con su ama a la calle de Toledo, donde hay bodegones de vestidos, hallando allí siempre guisados los que pide el gusto para adorno de las sirvientas de mantellina. Allí compraron, en acomodado precio, un manteo azul con su poca de guarnición pajiza, una basquiña y jubón de estameña parda, guarnecido el jubón, mantellina de bayeta de Segovia, que oyendo donde era casi no quiso comprarla Catalina, acordándose de su galán”. Conviene reparar un tanto en las compras de Catalina. El manteo era por entonces la falda envolvente y abierta que siguió siendo en el cuadrante noroccidental de la Península hasta época

más o menos reciente, aun cuando la denominación manteo se ha aplicado en otras zonas a las faldas de paño cerradas, fruncidas o tableadas en la cintura y que se visten por la cabeza. No ha de extrañarnos que fuera de color azul el que compró Catalina, pues casi hasta comienzos del Siglo XIX vistieron las campesinas castellanas fundamentalmente de azul y verde, dada la carestía de los tintes encarnados. El adorno o “guarnición pajiza” debió ser amarillo, pues la nomenclatura de los colores referidos al indumento no era naquellos siglos coincidente del todo con la que hoy utilizamos. Carmen Bernis dice al respecto que en la época del Quijote: “El faldellín o manteo era la primera prenda que se ponían las mujeres sobre la camisa. En los libros de sastrería estos dos nombres se usan indistintamente para la misma prenda” (6). Y Covarrubias en 1611 comenta en la tercera acepción de la voz *Manto* que: “...[Llamamos] *manteo* el faldellín de la mujer que trae ceñido al cuerpo debajo de las basquiñas y sayas” (7). En la indumentaria tradicional madrileña no queda memoria de estas faldas abiertas. Pero en toda la Serranía Norte del Guadarrama y en la Somo Sierra se utiliza la palabra manteo para nombrar a las ricas faldas de paño que llevaron hasta ayer mismo las lugareñas. Una anciana valdemanqueña relataba así la pérdida del vocablo con el cambio generacional: *Mi abuela Blasa, la que llevaba el jugón y el refajo de bayeta negra, sí, sí, esa sí que le llamaba manteo, pero de eso hace mucho, luego ya, pues el refajo* (8).



Por este arco de la Plaza Mayor, vio salir Mesonero en 1832 a un par de manolas en carretela; reparó en el gualda y encarnado de sus guardapiés, como más tarde Gómez de la Serna en el amarillo y rojo de los percales que por allí vendían. (Foto R. Huetos Molina)

Mercó luego Teresa un “jubón guarnecido”, es decir, adornado, para cubrir el busto, exactamente igual que hicieron las campesinas madrileñas hasta bien entrado el Siglo XX. Vaya un botón de muestra de La Puebla de la Sierra en favor de lo que digo: *Nosotras gastamos chambera, pero las de antes, mi madre y así, las de entonces, llevaban el jugón, que era con la manguita apretada, acodá, que decían, y el cuello redondo, cerradito; unos se cerraban por delante con crochetes y otros con un cordón, así* [mientras se dibuja un zig-zag con la mano de arriba abajo en el pecho], *comos los jostillos de dentro* (9). Los inventarios e hijuelas están llenos de alusiones a esta prenda, que a veces se confeccionaba en el mismo género de tela que la basquiña o falda cerrada. Veamos un documento levantado en Chinchón por el año de 1806: “una Basquiña y Juvon de Estameña nuebo = 180 rs” (10). La basquiña era, como vimos, la falda redonda y cerrada que cubría el faldellín o manteo. Durante todo el Siglo XVIII las mujeres madrileñas tenían por vestido de calle la mantilla y la basquiña, que variaban la calidad de su género según el caudal de su portadora. Ambas fueron siempre de un riguroso color negro, y cuando ya a fines de la decimo octava centuria quisieron algunas innovadoras introducir los colores neste atavío de respeto, provocaron casi un motín junto a la iglesia de San Ginés. Negra era la estampa de las mujeres que pasaban presurosas por la calle y sólo en alguna reunión festiva al aire libre se despojaban las hembras de aquella triste cubierta para mostrar el multicolor panorama de sus batas, briales o zagalejos. Por eso, en un sainete titulado *El Prado por la noche*, una madama –que ha llegado a la reunión sin idea de quedarse– se califica de “lunar” entre tando colorido: “PAULA: –Vámonos, don Manolito, / que ya van bajando en cuerpo / las gentes, y estoy aquí / siendo el lunar del paseo. / CHINICA: –En quitándoos la mantilla / y la basquiña podemos / quedarnos; sobre que yo / las guardaré en un pañuelo / bien dobladitas...” (11).

Acaso por el color negro que tuvo la basquiña durante tanto tiempo, llegó a quedar en algún que otro rincón madrileño como prenda de respeto; y así en Robledillo de la Jara nos contaba una vecina que: *Era una falda, pero no como los refajos coloraos de lana que nos poníamos, era de tela oscura y muy plisadita en la cintura. Tenían bastante vuelo y se podían echar por cima de la cabeza para taparse. Cuando tenían un luto se tapaban nueve días con la basquiña, era una costumbre que las mujeres mayores tenían; los nueve días iban tapadas con la basquiña cada vez que salían de casa, que salían sólo para ir a la iglesia. La tenían muy conservadita, era lo que tenían como de ceremonia* (12).

A diferencia de las señoras encopetadas que en época de Teresa gastaban manto de humo, de soplillo, de gloria o de otras mil invenciones, compró Teresa una mantellina áspera de buen paño segoviano como las que a comienzos del Siglo XVIII inventariaban aún los escribanos en pueblos madrileños como Bustarviejo. Y así tropezamos con esta manda testamentaria fechada en 1705:

“...Un vestido entero: con su mantellina negra; de paño de Segobia Y su saya Y mantheo Y Juvón: y delantal y dos tocas; y el Paño sea bueno para dho [dicho] Vestido de labradora y todos los forros necesario de Ruedos y hechuras todo se lo agan: con todo cuydado...” (13). Con mantellina vi yo aún entrar en misa a un par de viejecitas serranas en La Puebla de la Sierra, allá por 1980. Esta prenda fue sin duda el distintivo mejor de las campesinas y menestralas españolas; las hubo blancas, amarillas, encarnadas y, las que más perduraron, las negras. Desde aquella “de sarga rica mantilla / con terciopelo de a cuarta” –que según Mesonero (14) presumían terciada las manolas del Avapiés–; hasta las que mezclaban en su hechura –amás del terciopelo– la gasa, el cordoncillo y una porción de abalorios, que dieron en llamarse de terno, cuando alguna acaudalada lugareña la incluyó en su “traje de labradora”, como decía aquella hijuela rica de Bustarviejo (15); pasando por las de rocador y de casco, que nos enseñaron en Robregordo o Somosierra, hubo todo un verdadero surtido de mantellinas en la geografía madrileña. Con ellas cubrieron las campesinas sus rodeos o picaportes y otras veces el pañuelo multicolor amarrado en varias formas, para traspasar así –veladas con ella– el portal de la iglesia.

Y acabó Teresa de mercar su pobre equipo con la ropa que le faltaba y de la que luego comentaremos más despacio: “...Pasaron a una tienda de lencería, donde sacó dos camisas, valonas y cofias. Y no se olvidaron del calzado, que quiso de golpe ponerse el que traen las fregonas, de más presunción en la Corte, bien mirado en tiempos de lodos, pues su limpieza acredita la curiosidad y gala de la que los pisa sin detrimento suyo. Con todo este ajuar volvieron a casa, no faltando para cumplimiento del arnés sino algo de esto que se trae en la cara y dos sortijas de plata...”.

La ropa de debajo que compró Catalina fue, amén de los adornos para el cuello y la cabeza, una camisa, pues no era otra por entonces –ni lo fue neste bendito país mientras hubo menestrales que vistieron al modo tradicional– sino esa segunda piel, prenda sutil y delgada entre las más ricas, pero áspera y recia para las más pobres. Una todavía arrogante serrana, con sus ochenta abriles en el coleteo, nos contó al respecto: *Antes las mujeres no gastaban más ropa de abajo que la camisa, porque el pecho se lo hacían con el jostillo, y debajo nada, nada. Eran unos camisones grandes, con su puñito y todo, con su cuello redondo y mucho vuelo. Mi madre era la última que se acostaba, y cuando se quedaba en camisa, ya para irse a la cama, le decíamos: –Ya viene el señor cura–* (16). Las camisas femeniles fueron primero anchas y recias, y así canta una copla recogida en Estremera de Tajo:

La camisa de mi novia tanto es suya como mía,
de cuatro varas que tiene, las dos de *alante* son mías (17).

Afortunadamente no conocieron las campesinas –desde Galicia a Almería y desde Cádiz a Huesca– los pololos y *peleles* con que –según los dictados de la moral más ultramontana (18)– debían defender lo suyo, que por otro

lado, bastante acorazado andaba ya bajo una encuadernada resma de polleras, guardapiés, manteos, saboyanas, briales y un largísimo etcétera con que se conocieron –según que rincón de nuestra geografía– las prendas que desde el talle a los tobillos cubrían la femenina grey.

Aunque las camisas solían hacerse en casa, sabemos que también se vendían en ciertos locales que los lenceiros proveían merced al trabajo femenino, ya por entonces escasamente remunerado. Un costumbrista de la época dice al respecto: “...una doncella, que en la compañía de su pobre madre se sustentaban de una labor tan mísera como la de la calle de las Postas, pues de una camisa que acababan entre las dos cada día, les dan real y medio, librando en esta ganancia el sustento personal” (19). Si tenemos en cuenta su vecindad con la Calle Mayor, debieron ser delicadas camisas de Holanda las que se vendían en la de Postas, y además cabría pensar que el comercio donde fue a mercar Teresa su ropa blanca acaso fuera de un ropavejero o prendero, palillo este que tocaremos con despacio un poquito más adelante.



En los soportales diestros de nuestra calle, quedan varias alpargaterías que han sabido renovar sus existencias. Las viejas espardeñas y alpagatas de cintas han dejado libres los estantes a las zapatillas de diseño que en verano calza hoy gente de todo tipo. (Foto R. Huetos Molina)

No contenta aún con verse con aquella nueva librea, decide volver nuestra Catalina por sus fueros y hacerse con un vestido de tapadillo que –reservado en el hondón del arca– le permitiera mudarse de tanto en tanto. “...De allá a dos días, sin acompañarse Catalina de su ama, corrió las almonedas de la Plaza de la Cebada, donde hayó una basquiña y jubón traído de una mezcla honesta que compró en acomodado precio para que la excusase de traer de ordinario los vestidos que poco antes había comprado, no olvidándose del aderezo del rostro, que ya la habían dicho la estaría mejor para curársele de los aires y el sol del camino, ni de las sortijas de plata. Llegó el día de la Ascensión, que tenía diputado Catalina para salir vestida de nuevo. Hizo por la mañana las haciendas de casa, y para asistirles a los huéspedes a la comida, púso-

se de gala, dando admiración a su ama, más envidia a Aldonza y gusto a los huéspedes” (20). Esos anillos de plata debieron ser herederos de los de estaño que ofrecía en verso el Arcipreste de Hita a las Serranas que andaban por los mismos puertos que atravesó Catalina sin papahígo que le defendiera el rostro de las celliscas y aguanieves, por lo que, una vez venida a ser moza en la corte, precisase de *mudas* en su buena cara.

Por los años en que Castillo Solórzano publicó su *Teresa de Manzanares*, comerciaba ya nel arranque porticado de esta calle de Toledo un gremio que va a ocuparnos siquiera unos párrafos. En los portales de la Plaza Mayor, cabecera de nuestra calle, se asentaban los mauleros que trataban muy al por menor, vendiendo retales y pedazos minúsculos de tejidos que, reaprovechados o nuevos, servían para componendas y factura de las más pequeñas piezas del indumento popular. Aquellos soportales donde expendían sus géneros tomaron vida propia como invitados en la boda alegórica que celebró la Calle Mayor con el Prado Viejo de San Jerónimo. El imaginario enlace dio título y argumento a un entremés que escribiera Quiñones de Benavente hacia 1630. Conviene reparar en la acotación que da entrada al personaje y a su breve parlamento: “Sale Sebastián, con muchos retales de color por el vestido. –Hélo, hélo por do viene / el portal de los Mauleros, / de diferentes retales, / como poeta, sin serlo. / El tiempo lo rompe, mas yo lo remiendo” (21). Ciento treinta años después seguían los mauleros en sus portales vendiendo y baratando sus retales para uso y disfrute de menestras y majas. En un sainete del madrileñísimo don Ramón de la Cruz titulado precisamente *La Plaza Mayor* (1765) se da cuenta de las compras que una presumida moza de servir hace por las Navidades de aquel año:

“EUSEBIO: ¿A dónde ¿A dónde vas tan deprisa, Teresa?

CRIADA: Hacia la Plaza, a dar corriendo dos vueltas y ver qué hay allí de bueno; que pedí sólo licencia a mi ama por un instante, para llegarme a una tienda a comprar una camisa, y fui a una diligencia primero junto al Hospicio, después a ver una vieja que ha solido procurarme más de cuatro conveniencias y vive en el Lavapiés. Desde allí fui a la Puerta de Toledo, a dar las Pascuas a un ama, porque me diera algo, y había salido; pero el amo, que me aprecia, me ha regalado tres libras de chocolate, unas velas de cera, dos pesos gordos y una caja de jalea.

EUSEBIO: ¿Eh?, no se ha perdido el viaje.

PONCE: La verdad, ¿y en qué se piensa emplear ese dinerillo?

CRIADA: En unos guantes de seda blancos, y si encuentro al paso algún retal de griseta de color de otro, pues los mauleros están tan cerca, haré zapatos de moda.

PONCE: Pues di, muchacha, ¿no fuera mejor comprar tres camisas?

CRIADO: En teniendo dos con buenas mangas para quita y pon, está demás la tercera. Tenga una mujer buen guante, buen zapato, buena media, mantilla limpia y basquiña bien plegada y algo hueca; que en la calle sólo luce lo que se ve por defuera”.

Teresita, por lo que hemos visto, era un tanto *apetimetrada*, y como a tantas presumidas de todo tiempo podríamos aplicarle la seguidilla que canta:

Valen más perendengues que no camisa,
porque los perendengues se ven en misa (22).

Y aún volverá a escena nuestra criada regateando con el maulero, por mor del retalito de oro:

“(Descúbrese la Plaza [...]) (Sale la Criada y llega al Maulero)

CRIADA: ¿Tiene usted, aunque perdona, algún pedazo de tela de color de oro encendido?

MAULERO: Aquí lo tiene usted, perla.

CRIADA: ¿Y cuánto vale?

MAULERO: Por ser para usted, cuatro pesetas.

CRIADA: ¡Qué caro!, ¿quiere usted dos? [...].
¿Quiere usted los nueve reales? si no adiós, que en cualquier tienda se hallan zapatos a pares.

MAULERO: Lo último es las tres pesetas.

CRIADA: No doy más.

MAULERO: Venga usted aquí.

CRIADA: Prestito, que estoy de priesa” (23).

Estos mauleros vendían no sólo retales, puntas y restos de piezas nuevas adquiridas en almacén, sino que a veces deshacían las prendas inservibles o estropeadas para entresacar de ellas la cuarta –o incluso el gemente a otros pudieran servirles, como aquel sabio que un día tan pobre y mísero estaba... Esa forma de fabricar, vestir y reutilizar la indumentaria es algo que hoy nos sorprende, y que expresa bien una autora actual cuando dice: “Hay que considerar además que incluso las telas más corrientes suponían una costosa inversión, por lo que el uso completo de un vestido implicaba pasar por personas sucesivas; y cuando la prenda se deterioraba, los mejores fragmentos se reutilizaban de muy diversas formas” (24). Ahora la ropa se fabrica casi siempre con telas que son puro petróleo, se confeccionan a máquina y se diseñan o piensan para un corto periodo estacional que termina en *contenedores* ad hoc con los que comercian luego las mafias que trafican en el tercer mundo las hierbas que aquí ya amargan.

A estas alturas sabemos ya que Catalina compró su segundo traje en una almoneda o tienda donde se ofrecen ropas hechas de segunda mano, y quien dice segunda, dice cuarta, quinta o sexta. Y a estas almonedas de indumentaria se refiere el siguiente fragmento literario, que vuelve a anudar la calle de Toledo cuando los Austrias

Menores, con la del Siglo XVIII, que hemos entrevistado ya merced a los sainetes de Don Ramón de la Cruz. En el Siglo de las Luces el piscátor salmantino Torres y Villarroel publicó una obra en tres series donde dialogaba en clave onírica con la fantasma de Quevedo. Llamó a estos diálogos –hipercríticos con la sociedad de su tiempo– *Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por la Corte*. Pues bien, la décimosegunda visión de la segunda serie es de la más breves y ácidas; bajo el epígrafe *De los prenderos y colchoneros de la Calle de Toledo* dice así: “Salí del Colegio Imperial con buen ánimo de hablar sólidas verdades al curioso muerto, y guiábalo hacia la plazuela de la Cebada para que viese los barberos de viejo y las tiendecillas de hierro, que son las mutaciones de aquel teatro, cuando, antes de llegar a la parroquia de San Millán, vimos a un hombre magro, cejal y seco como raíz de árbol, con la cara tan sucia que parecía el suelo de un queso. La cabeza, oprimida entre dos carcovas mayores que dos escriños de vendimiar. Su colete, almidonado de melaza, sombrero de clérigo tunante con sus asomos de tafetán, capa a lo ministro de cuello cuadrado y una vara torcida que le estaba dando la teta. Díjele al difunto: –¿Veis a ese hombre que parece que no tiene aliento para hacer mal a un pollo? Pues más muertes tiene hechas que los pepinos, las saetas y los doctores. Porque es hurón de éticos, corredor de moribundos y tunante de apestados. Mantiene en su casa tabardillos, asma, viruelas y todos los males pestilentes en varios vestidos que tiene ahorcados en su portal. De modo que su casa es depósito de la ropa de los que mueren en los hospitales y con ella va surtiendo la desnudez de Galicia y Asturias, cubriendo los desarropados que envían a la Corte aquellos países. Y a cada uno, en vez de remediarlo le pega un contagión y le infunde una lepra. Y hay ropilla colgada en su tienda que ha enterrado a una docena de hombres y se ha quedado con el puñal para matar a un regimiento” (25). El testimonio de Villarreal, publicado en 1728, un siglo después de aparecida la *Teresa* de Solórzano, nos informa de que por entonces seguían en la calle de Toledo asentados los mercaderes que habían vendido su ajuar a la gallega Catalina, y que ahora seguían vistiendo a los que llegaban de “Galicia y Asturias, cubriendo los desarropados que envían a la Corte”; en efecto, gallega era Catalina y asturianos o *coritos* eran la inmensa tropa de esportilleros y aguadores, que a costilla subían el agua hasta los pisos altos de la capital (26).

A pesar de la mala prensa que fueron cobrando estas prenderías –pues en ellas parece que se vendía el ajuar de los enfermos contagiosos, que debiera haberse quemado en la hoguera–, las clases populares tuvieron que mercar allí su pobre arreo desde la Edad Media hasta los años siguientes al desastre de 1936. Hoy son los emigrantes más desfavorecidos quienes buscan su indumentaria neste tipo de comercios, aunque también los frecuentan cierta clase de gente adinerada que busca el marchito encanto de lo “demodé”. Uno de los primeros testimonios referentes a este comercio está en el *Lazarillo de Tormes*. El autor de aquella joya literaria describe el

arreo con que Lázaro se cubre para cambiar de aspecto, paso que —como ya hemos visto— había de dar todo pícaro para mudar de estado: “...Daba cada día a mi amo treinta maravedís ganados, y los sábados era para mi y todo lo demás, entre semana, de treinta maravedís. Fui tan bien en el oficio que al cabo de cuatro años que lo usé, con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para me vestir muy honradamente de la ropa vieja, de la cual compré un jubón de fustán viejo y un sayo raído de manga tranzada y puerta, y una capa que había sido frisada, y una espada de las viejas de Cuéllar. Después me vi en hábito de hombre de bien, dije a mi amo se tomase su asno, que no quería más seguir aquel oficio” (27). Y otra vez sale a nuestro encuentro don Ramón de la Cruz para remachar el clavo de los prenderos madrileños que había clavado cincuenta años antes Torres y Villarroel. En el sainete titulado *El Payo ingenuo* (1772) se acota la escenografía con este apunte: “(El teatro representa calle pública. Veráse a un lado una prendería y al otro un portal. En la esquina estará de ciego Espejo, con la cartera de gacetas y un manojo de romances. Al otro, Soriano, de ciego, con la guitarra, y Rosa, que igualmente saldrá luego de ciego, y pasarán algunos)”. El asunto de la obrita se basa en las peripecias que unos payos o aldeanos sufren en la Corte, a la que se han trasladado para vender ramas y hierbas con que los madrileños decoraban entonces los altares de San Juan y San Pedro:

BORJA: ¡Jesús, qué malos olores! ¿Y en qué consistirá eso?

RUIZ: No importa que no lo sepas, que yo tampoco lo quiero saber. Como soy cristiano. Vamos, mujer, ven de recio, que en Madrid son medio sordos.

BORJA: ¡Claveles grandes y frescos!

RUIZ: ¡Con brío, así como yo! ¡Ramos, a los ramos buenos!

BORJA: ¡Mira, qué ropa tan rica! ¿De quién será?

RUIZ: De algún muerto.

BORJA: ¡Qué! ¿A los muertos en Madrid los llevan con zagalejos y basquiñas a enterrar?

RUIZ: ¡Qué pesada eres! No quiero responderte más. Como es la primera vez que vengo a Madrid, ¿qué quieres hombre?” (28).

Ya en la centuria demimónica, un amante de la tradición madrileña no pintó el comercio y los tenderetes en la calle de Toledo pero nos dejó un apunte tomado al vuelo en su inicio para retratarnos a un par de manolas madrileñas que en aquel costado de Madrid se vestían. Mesonero Romanos habla con cierto desdén de estas mujeres que —siendo ribeteadoras, chalequeras, cigarreras u obradoras de un sin fin de mal pagados oficios— gozaban por vez primera en la historia reciente de cierta independencia económica, y por ello habían col-

gado tras de la puerta el continente dócil y los ojos caídos, que la mujer debía tener siempre para agradar al hombre. La escena en cuestión se llama precisamente *La calle de Toledo*, y en ella va describiendo el ambiente de esta vía desde la puerta del mismo nombre hasta su arranque en la Plaza Mayor: “A este punto y hora llegábamos, cuando vimos a lo lejos una calesa con la cubierta echada atrás y sentadas en ella dos manolas, con aquel aire natural que las caracteriza. Ni Tito ni Augusto al volver triunfantes a la capital del orbe pasaron más orgullosos bajo los arcos que les eran dedicados, que nuestras dos heroínas por el de la Plaza Mayor. Guardapiés amarillos y encarnados, ricas mantillas de sarga y terciopelo sobre los hombros, pañuelos de color de rosa al pecho, cesto de trenzas en las cabezas, y coloreadas las mejillas por el vapor del vino; tal era el atavío con que venían echándose fuera de la calesa, y pelando unas naranjas con un desenfado singular” (29).



Las robustas y labreadas puertas de madera que presumían los portales de esta calle se fueron sustituyendo en los modernos sesenta por feísimas entradas de aluminio y más tarde de hierro galvanizado. Pocos portales salvaron su integridad de esa fiebre; el número 51 presenta aún el aspecto con que despidió al Siglo XIX. (Foto R. Huetos Molina)

Pero el puntal de las descripciones y noticias referentes a la Calle de Toledo en el Siglo XIX, lo sustenta como fornido atlante don Benito Pérez Galdós. Canario de nacimiento, se empapó como ninguno de la esencia madrileña, para que así rezumaran luego sus novelas ambientadas nesta Villa todo el saber y la gracia que él tomó de los más pobres para informar de su vida y distraer a los más ricos.



El milagro de la fotografía, nos permite apreciar hoy casi la misma calle de Toledo que contempló Jacinta camino a los barrios bajos del Rastro. Desaparecidas hoy las cortinas, que protegían el típico balcón madrileño, han quedado sobre el dintel de muchos de ellos las barras de hierro que antaño las sostuvieron (Col. del autor).

Aunque todas sus creaciones de ambiente madrileño están salpicadas de alusiones al barrio que ahora nos ocupa, al describir el ambiente en la calle de Toledo y la Cava Baja de San Francisco hacia 1843 dice: "... Veíanse por allí, con todo, sombreros de copa, que según doña Leandra no debían de usarse más que en los funerales; escasas levitas y poca ropa negra, como no fuese la de los señores curas. Abundaban en cambio los sombreros bajos y redondos, los calañeses, las monteras de variadas formas y los colorines en fajas, medias y refajos. Y en vez del castellano relamido y desazonado que en el centro hablaban los señores, oíanse los tonos vigorosos de la lengua madre, caliente, vibrante y fiera, con las inflexiones más robustas" (30). Pero fue sin duda en *Fortunata y Jacinta*, publicada en 1886, donde se detiene a describir aquel variopinto comercio de ropas que, atónita, contemplaba Jacinta; el mismo tráfico que, por serle tan conocido, hubiera dejado indiferente a Fortunata: "... Era como si ella estuviese parada y la pintoresca vía se corriese delante de ella como un telón. En aquel telón había racimos de dátiles colgados de una percha, puntillas blancas que caían de un palo largo, en hondas, como vástagos de una trepadora; pelmazos de higos pasados, en bloques; turrón de trozos, como sillares que parecían acabados de traer de una cantera; aceitunas en barriles rezumadas; una mu-

jer puesta sobre una silla y delante de una jaula, mostrando dos pajarillos amaestrados que respondían a los populares nombres de Garibaldi y Espartero; y luego montones de oro, naranjas en seretas o hacinadas en el arroyo. El suelo intransitable ponía obstáculos sin fin, pilas de cántaros y vasijas ante los pies del gentío presuroso, y la vibración de los adoquines al paso de los carros parecía hacer bailar a personas y cacharros. Hombres con sartas de pañuelos de diferentes colores se ponían delante del transeunte como si fueran a capearlo. Mujeres chillonas taladraban el oído con pregones enfáticos, acosando al público y poniéndole en la alternativa de comprar o morir. Jacinta veía las piezas de tela, desenvueltas en hondas, a lo largo de todas las paredes. Percales azules, rojos y verdes, tendidos de puerta en puerta, y su mareada vista le exageraba las curvas de aquellas rúbricas de trapo. De ellas colgaban, prendidas con alfileres, toquillas de los colores vivos y elementales que agradan a los salvajes. En algunos huecos brillaba el naranjado, que chilla como los ejes sin grasa; el bermellón nativo, que parece rasguñar los ojos; el carmín, que tiene la acidez del vinagre; el cobalto, que infunde ideas de envenamiento; el verde, de panza de lagarto; y ese amarillo tila que tiene aire de poesía mezclada con la tisis, como en *La Traviata*. Las bocas de las tiendas, abiertas entre tanto colgajo, dejaban ver el interior de ellas, tan abigarrado como la parte externa. Los horteras, de bruces sobre el mostrador o vareando telas o charlando. Algunos braceaban, como si nadasen en un mar de pañuelos. El sentimiento pintoresco de aquellos tenderos se revelaba en todo. Si hay una columna en la tienda, la revisten de corsés encarnados, negros y blancos, y con los refajos hacen graciosas combinaciones decorativas [...] Jacinta, al fin, no miraba nada, únicamente se fijó en unos hombres amarillos, completamente amarillos, que colgados de unas horcas se balanceaban a impulsos del aire. Eran juegos de calzón y camisa de bayeta, cosidas una pieza a otra, y que así, al pronto, parecían personajes de azufre. Los había también encarnados, ¡oh!, el rojo abundaba tanto, que aquello parecía un pueblo que tiene la religión de la sangre: Telas rojas, arneses rojos, collarines y frontiles rojos con madroñaje arabesco" (31).

Discúlpeseme lo largo de la cita, pero dónde meter el cuchillo en tan abigarrado frutero de piezas multicolores sin romper o tronzar ésta o la otra pieza. No sé si alguien habrá podido pintar mejor, con más verismo y detalle, maremagnum semejante; parece que los colores nos deslumbran, que el rumor nos ensordece, y que hasta el olor ácido del vinacho derramado y de la fruta magullada nos ofusca un tanto el olfato. En la descripción aparecen por vez primera las manufacturas industriales que todavía se integraron de algún modo en el arreo tradicional: los pañuelos *franceses*, que no venían de Francia, y que eran de algodón pintado; las fajas de estambre, que sustituyeron poco a poco a las que se hacían en telar de lizo; y las *lásticas*, de bayeta, que acabaron convirtiéndose en esas camisetas interiores de color fuerte, que parecían cobrar vida con un alma de maniqués y rellenos. Los textos posteriores harán hincapié sobre todo en esta mercancía, que

fue ya más la de los criados del entorno urbano que la de los labradores de cuño tradicional. Ya desde mediados del Siglo XIX fue perdiendo la calle de Toledo el carácter pintoresco que le imprimía la multitud de comercios de todo género, donde los menestrales de la Corte y los aldeanos que arribaban a ella por su lado meridional encontraban cuanto necesitaban para su vida ordinaria, de ahí que aún sorprendamos en los rótulos de aquel barrio nombres como: Latoneros, Tintoreros, Botoneras... Pero la aparición del ferrocarril con su primera estación de tren madrileña, que se alza aún en la Glorieta de Atocha, desvió la riada de recién llegados a la anchurosa calle del mismo nombre, que les conducía directamente a otros soportales de la misma Plaza Mayor en que nace la de Toledo. No tardaron en aparecer allí multitud de fondas y comercios, pero aún en la producción literaria que corresponde a las primeras décadas del Siglo XX, podemos espigar algún que otro párrafo del Madrid costumbrista que sigue señalando a la calle de Toledo como a una de las más abigarradas en los Madriles de entonces.



En los alrededores de nuestra calle se arracimaron los comercios artesanales de todo género.

El relato de Arturo Barea discurre por la calle hermana de la nuestra de Toledo, aquella Cava Baja que corre rápida y sin revueltas en un trazo paralelo a la vía que venimos estudiando. Hacia 1907 acudía nuestro escritor hasta allí para tomar la diligencia que le transportaba desde el viejo Madrid a otro mundo, el de la España rural que en Brunete tanto sorprendía a aquel niño vestido de marinero. La descripción del mesón —cabeza de la línea y de todas las pequeñas industrias que rodeaban aquel pueblo microscópico, es verdaderamente impresionante y sentida. De ella espigaré aquí los párrafos referentes a la indumentaria: “El coche sale de la Cava Baja, de una posada muy antigua que se llama de San Andrés. La Cava Baja es como una calle del Siglo XVII, que se hubiera quedado enquistada en la ciudad. Comienza en la Plaza de Puerta Cerrada [...] y termina en la Plaza de la Morería. [...] Son sus clientes [de las posadas] pueble-

rinós, mujeres de sayas incontables y pomposas, muchachas quemadas del sol de las eras, con sus trajes de fiesta en sedas de colores rabiosos, y hombres cachazudos con pantalón de pana que cruje al andar, zamarra de paño gordo con vueltas de piel de oveja. Sobre la camisa, deslumbrante de blanca, la faja negra, bolsillo que guarda un pañuelo verde, grande como vela de barco, una navaja ancha y corva como cuerno de toro; un pedernal, un eslabón y un cordel gordo de yesca, que, con la petaca mugrienta y el librillo del papel de fumar, como un breviario, constituyen los utensilios de fumar. En la punta interior de la faja hay un nudo que encierra el bolsillo que guarda las monedas de plata del viaje. Un bolsillo de lana de colores a punto de media, que cierra el cordel más largo que el hombre, que ata y reata la boca del saco, y se enrolla sobre ella misma convirtiéndose en ovillo. Cuando yo era niño, era para mi motivo de asombro ver a esos labriegos sentados a la mesa de encina, con el jarro de flores azules de Talavera, lleno de vino, desliarse la faja, dejando sus calzones caídos. Desatar el nudo que encerraba el tesoro, deshacer las vueltas del cordel y arrancar con sus uñas los nudos finales para volcar sobre la mesa el importe de la transacción. El huésped desliaba su faja múltiples veces sin salir de la calle...” (32). Estamos frente a un magnífico retrato de uno de esos campesinos parroquianos y usuarios del indumento que tanta veces hemos visto ya vender en la calle de Toledo y en sus aledaños. Es la única descripción literaria que nos pinta al personaje y no al comercio, por eso tiene aquí plaza, por eso y por la delicadeza con que el fino escritor de ciudad supo pintar la rudeza, que tiene también a veces sus puntas delicadas.

La pluma del madrileño Gutiérrez Solana, empapada —como su pincel— en la más negra tinta, nos dejó en varias de sus escenas madrileñas algunas instantáneas de la calle de Toledo en los primeros años del pasado siglo: “Es una tarde de sol y tomamos el tranvía para ir al Rastro, que baja por la calle de Toledo, y contemplamos los puestos de los vendedores ambulantes de frutas, las pilas de melones; los mostradores de tijera con percales, chambras y pañuelos de colores chillones, de los que llevan al cuello los chulos y las chulas a la cabeza. Todos estos puestos de baratijas se amontonan junto a la catedral de San Isidro” (33). Pero donde pintó con más minuciosidad el comercio y la vida que bullía en la calle de Toledo fue en la escena titulada *El ciego de los romances*, aparecida en 1918. Dice así: “Por las mañanas bajo todos los días por la calle de Toledo, que es la calle de Madrid que más me gusta, y después de tomar café y media tostada en el Café de San Isidro, paseo bajo los soportales donde están las tiendas y me paro delante de los plateros de portal. Entre pulseras, pendientes y collares de mujer hay ornamentos sacerdotales: cálices antiguos de plata y casullas que han llevado a vender de las viejas iglesias [...]. Relicarios de plata con cintas moradas, entre dos gruesos cristales está prensado un círculo de sebo [sic] con un paño tocado al brazo y corazón de Teresa de Jesús”. Son estos los *relicarios de vidriera* que presumieron las serranas de Ro-



En la calle que hoy lleva su nombre, tuvieron sus puestos de pormenudo las botoneras. Muy próxima a la Calle de Toledo, abundó en ella el comercio de todo género fundado en la segunda mitad del Siglo XIX

bledondo suspendidos en los hombros por vivos listones de seda, y que llamaban medallos; otras madrileñas, nacidas en las campiñas del Tajo, del Jarama o del Tajuña los enfilaban en las sargas de colorines que en el cuello llevaban, compuestas a base de cristales, coral y piedras (34). En aquellas mismas platerías de puntapié o de portal, se alhajaban también las amas de cría que entre los años de la Restauración y la década de los felices veinte pasearon por Madrid sus cadenas de plata, sus collares de monedas, sus sargas de coral, sus afiligranados pendientes y el sin fin de caireles y alamares que pendían de sus chaquetillas. El maestro Galdós dice al respecto en una de sus novelas: “—Señora, señora. Ayer y anteayer entró el niño en una tienda de la Concepción Jerónima donde venden filigranas y corales de los que usan las amas de cría. —¿Y qué? —Que pasa allí largas horas de la tarde y de la noche. Lo sé por Pepe Vallejo, el de la cordelería de enfrente, a quien he encargado que esté con mucho ojo. —¿Tienda de filigranas y de corales? —Sí, señora, una de estas platerías de puntapié que todo lo que tienen no vale seis duros. —No la conozco. —Se ha puesto hace poco, pero yo me enteraré. Aspecto de pobreza... se entra por una puerta vidriera

que también es entrada del portal, y en el vidrio han puesto un letrero que dice «Especialidad en regalos para amas» (35)”.

Pero enhebreemos de nuevo el brazo de don José Guiérrez, para seguir asomándonos en los comercios de la, en su principio, porticada calle: “También en esta calle abundan mucho las tiendas de gorras, sombrererías y los almacenes de baratillo de medias y pantalones de mujer. Esas blusas y faldas, que cuelgan del escaparate a la calle, que se inflan y flotan con el viento, parecen mujeres. Se adivina dentro de ellas el pecho y las caderas de las criadas morenas y bajas de estatura. Así como esas otras chambras de color de rosa con un ramito de azahar, que se mueven como alocadas...”.



El recuerdo de mi memoria tomó forma al encontrar en una enciclopedia madrileña esta instantánea de los años sesenta. Hubo más quincalleros en los soportales de la calle, pero sirva como botón de muestra la imagen de ese carricoche repleto de menudencias. (Foto tomada de la enciclopedia: Madrid. Ed. Espasa Calpe. Madrid, 1979. Tomo I. Pág. 64)

El tercer madrileño en liza que reparó por el noventa y cinco en los gayos colores de la calle de Toledo, y el último escritor que mencionaremos, fue Ramón Gómez de la Serna. Dedicó en su libro-guía de Madrid un capítulo a nuestra vieja protagonista. Dice así el autor de las *Gregerías*: “La calle de Toledo con sus mantas zamoranas, sus piezas de bayeta de color, ¡qué rojos y qué amarillos para la bandera de abrigo del invierno!, con sus maniqués de traje de niño, maniqués que forman verdaderos colegios de niños, que van a confesar con su mejor traje en día solemne, o de niños que van a ir a la procesión, con sus montones de cestas fuera de la tienda, y sus

almadreañas, y sus bastoneras de bastones amarillos y adornados al fuego. Con todo eso que la hace pobre y rústica, es la calle de Toledo la calle en que se levanta la Catedral de Madrid” (36).

Merced a los testimonios recogidos por un puñado de escritores costumbristas, casi todos madrileños, hemos podido seguir durante cuatro siglos el trajín comercial de una calle, la de Toledo, y dar algunas notas, someras y de pasada, sobre la maltratada indumentaria tradicional madrileña. En la calle de Toledo y en otras de su entorno se agruparon durante siglos las industrias relacionadas con el ajuar y la indumentaria de las clases populares, especialmente las relacionadas primero con los tejidos de fabricación casera y más tarde con las manufacturas textiles industriales, que a duras penas subsistieron en ella hasta los años 70 del Siglo XX. Por allí se emplazaron también los prenderos que comerciaban con las prendas confeccionadas que pasaban de mano en mano, depreciándose en cada transacción.

Por aquellas calles pasaron y repasaron los campesinos, las criadas y los menestrales que encontraban en ellas cuanto habían menester; pero por allí paseó también una tropa de seres maravillosos que cobraban vida al tiempo de henchir el viento sus vestiduras externas, que de ordinario pendían de clavos, aperos de labranza, perchas o maniqués; Torres vio entre ellos “varios [...] ahorcados en su portal”, y Galdós descubrió a “unos hombres amarillos, completamente amarillos, colgados de unas horcas”; Gutiérrez Solana intuyó la presencia femenina en “esas otras chambras de color de rosa con un ramito de azahar, que se mueven como alocadas”; y Gómez de la Serna la infantil en unos “maniqués que forman verdaderos colegios de niños”.

La calle de Toledo ha cambiado completamente su aspecto. En los últimos treinta años desapareció de ella la última pañería, que abría sus puertas en los soportales derechos y en la que aún se vareaba sobre la mesa el paño y las sargas que compraban en abundancia los escenógrafos del teatro; cerró también para siempre la tienda que, esquina a la de Concepción Jerónima, ofrecía en su escaparate las toquillas malva, amarillo pálido y color de rosa, que eran como las mañanitas de primavera y otoño; y escarbando mucho en mis recuerdos –raspando, raspando–, quiero entrever aún dos puestos de quincallería que en los soportales de la izquierda regentaban un hombre y una mujer: eran dos baúles inmensos que sobre pequeñas ruedas ofrecían al viandante peines, horquillas, llaveros, sortijas, espejitos y un largísimo etcétera que a mi se me antojaban el tesoro de las mil y una noches. Por allí paseaba también una anciana de espesa y ondulada melena blanca, exhibiendo en su mano una madeja de hebras de nylon, que ofrecía al viandante diciendo: Hilo para collares, hilo para collares... Cuando recorrí por última vez la calle de Toledo, a fin de tomar las instantáneas que ilustran este trabajo, me costó dios y ayuda encontrar alguno de los viejos comercios que yo recordaba: casi todos han desaparecido, unos pocos han conservado la fachada con la inscripción que acredita el año de su aper-

tura, pero albergan hoy industrias bien diferentes para los que fueron abiertos. Busqué infructuosamente el que hacía esquina a la Calle Imperial con la Plaza de Santa Cruz, donde tantas veces habíamos comprado aún bayeta amarilla, verde o encarnada para refajos, y en la que todavía se vendían los delantales de rayas verdinegras que llevaban los pescaderos y en la que señoreaba sobre un escaparate el letrero de “Pañolería”. Hoy hay allí una tienda de comestibles y un restaurante regentados ambos por chinos; chinos son también quienes comercian en la mayor parte de los locales que hay en el entorno, y no falta por la zona algún local de Kebab turco. No cabe duda de que, no un nuevo siglo, sino una nueva era se ha inaugurado en nuestra sociedad occidental. Nueva sangre, nuevos tiempos, ¡quién pudiera vivir dos siglos para conocer la sociedad del futuro!

NOTAS

(1) CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro (Madrid 1600 – id. 1681): *Fuego de Dios en el querer bien*. Jornada I. Escena I. De la calle Mayor, sus comercios y su ambiente en el Siglo XVII se ocupó con profusión de datos y citas literarias José Deleito y Piñuela en su libro *Sólo Madrid es Corte*, Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1968, Caps. VII y XLIV.

(2) ENRÍQUEZ GÓMEZ, Antonio: *El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña*, Ed. Cátedra. Madrid, 1991, Cap. III, Edición a cargo de Teresa Santos.

(3) TIRSO DE MOLINA (Fray Gabriel Téllez) (¿1584?-1648): *La celosa de sí misma*, Cito por la edición de Pilar Palomo e Isabel Prieto, Ed. Biblioteca Castro, Madrid 1997, p. 1060.

(4) CASTILLO SOLÓRZANO, Alonso de (Tordesillas 1584 - ¿Zaragoza? 1648): *La niña de los embustes, Teresa de Manzanares. La novela picaresca española*, Ed. Aguilar, 4ª edición, Madrid, 1962, Cap. XVII: *En que cuenta su tercer casamiento con un caballero del Perú y como enviudó brevemente de él por un extraño suceso con otros que le sucedieron*. Las tapadas son Teresa, la protagonista, y su cuñada Leonor, a quienes el perulero tiene –por celoso– casi secuestradas. So color de hacer ciertas compras femeniles en aquella calle vuelve a salir de su encierro la pícara Teresa: “...Tuve un día licencia suya para salir a la calle de Francos y a la alcaicería, a comprar ciertas cosas que había menester, y así la noche antes con Briones di aviso a don Sancho que don Diego no estaba en Sevilla...”. Lope en *La niña de plata* había pintado ya la sevillana calle por mor de otro encuentro galante nel que el protagonista se muestra generoso con la tapada de sombrerillo y manto de anascote: “FÉLIX: –Huélgome de haberte hallado / en cal de Francos, ¿qué esperas? / MARCELA: –Creyéralo como fueras / o Veinticuatro o Jurado. / FÉLIX: –El ánimo tuyo bien conocido le tengo. / MARCELA: –A comprar chapines vengo / que por momentos destruyo. / FÉLIX: –Alabo tu discreción, / que viendo las prendas mías / no dijiste que venías / por tela, raso o gurdión. / No por holanda o cambray, / no por cortes milaneses, / puntas y encajes franceses, / que por estas tiendas hay. / A chapines te humillaste, / concierto haremos los dos / porque parece, por Dios, / que mi bolsa consultaste. / Por la discreta humildad / aña-

do a chapines, guantes, / que dan cosas semejantes / galanes de voluntad. / MARCELA: –Por tu vida, que te engañas, / que no te brindo a chapines, / voy con diferentes fines, / que verás, si me acompañas, / que el gastar tantos agora / es buscar casa...”. FÉLIX LOPE DE VEGA Y CARPIO (Madrid 1562 – Id. 1635): *La niña de plata*, Acto II, Escena 1ª, Ed. Espasa Calpe S. A. 6ª Edición, Madrid, 1973. El cambrey, como la holandá, era un lienzo finísimo y delicado, sólo al alcance de los más ricos. Tomó su nombre de la ciudad francesa llamada Cambrai y se importaba ya en la España medieval: “Pannos planos de Roan e pannos de Doai, e pannos de Prouins e de Cambrai...”(CASTRO, Américo: “Unos aranceles de aduanas del Siglo XIII”, *Rev. de Filología Española*, VIII, 1921, pp. 10-327). Tirso de Molina alude en varias de sus comedias a la calidad de género lencero que tenía el cambrey; así en *La villana de Vallecas*: “...ropa blanca es la que hay, / toda de holandá y cambrey...” o en esta redondilla de *Por el sótano y el torno*: “Tienes las manos muy blandas / para trabajar con ellas / que las feriarán doncellas / entre cambreyes y holandás”; y en *La buelta de Juan Fernández* pone en boca de un personaje esta enumeración de tejidos: “–¿Por qué hizo naturaleza / el tabí, la seda, el paño, / la holandá, el cambrai y estopa / distinto al tacto y vista?”.

(5) Alonso de Castillo Solórzano escribió, a más de esta *Teresa de Manzanares*, al menos otras dos novelas del género picaresco, ambientadas en la Corte de los Austrias Menores: *El Proteo de Madrid* (1625) y *Las arpiás de Madrid y coche de las estafas* (1631); a más de otra novela cuya protagonista es hija de nuestra Teresa de Manzanares y que lleva por título *La garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas* (1642), y las famosas *Aventuras del bachiller Trapaza* (1637).

(6) BERNIS, *Carmen: El traje y los tipos sociales en El Quijote*, Ediciones El Viso, Madrid, 2001, Cap. *El traje de mujer al uso cortesano*, Apdo. *El faldellín o manteo*, p. 211. La autora añade además: “Siendo el *faldellín* una falda abierta, que extendida tenía forma circular o semicircular, se explica que en una comedia de Lope de Vega una joven se lo eche por los hombros para asomarse a un mirador: «Yo me levantara un lunes / un lunes de la Ascensión / [...] / para ver si amanecía / me puse a un mirador, / sobre los hombros revueltos / un *faldellín* de color». *La locura por la honra*.

(7) COVARRUBIAS Y OROZCO, Sebastián de: *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, Col. *Nueva Biblioteca de erudición y crítica*, Ed. Castalia. Madrid, 1995. 2ª Ed. corregida por Felipe C. R. Maldonado y revisada por Manuel Camarero, p. 735.

(8) Informes dictados por Mercedes Serrano San José, nacida en Valdemanco (Madrid) en 1904. Recogidos el día 10 de Agosto de 1985 por J. M. Fraile Gil.

(9) Informes dictados por Elena Nogal Bernal, nacida en La Puebla de Sierra (antes Puebla de la Mujer Muerta – Madrid) en 1924. Grabados el día 25 de Noviembre de 1989 por J. M. Fraile Gil y A. Fernández Buendía.

(10) *Archivo Histórico de Protocolos de Madrid*, Caja 29687, Folio 52. Debo estos datos a la minuciosa búsqueda de Marcos León Fernández. El *Diccionario de Autoridades* define a la basquiña como: “Falda exterior de las mujeres. Pónese encima de los guardapiés y demás ropa, y algunas tienen por detrás falda que arrastra”. Lope de Vega menciona la prenda en *Peribáñez y el co-*

mendador de Ocaña: “Una basquiña prestada / me daba Inés, la de Antón, / era palmilla gentil / de Cuenca...”, y en *El villano en su rincón*: “Mi ropa, basquiña y manto, / guante y dorado chapín, / puede miralo el Delfín...”.

(11) CRUZ CANO Y OLMEDILLA, Ramón de la (Madrid 1731–Id. 1794): *El Prado por la noche* (1765). Cito por la edición de COTARELO Y MORI, Emilio: *Sainetes de Don Ramón de la Cruz en su mayoría inéditos*, Casa editorial Bailly Bailliere, Madrid, 1915, Tomo I, p. 249. El cúmulo de informes que en su obra dramática nos aporta don Ramón sobre la vida tradicional en Madrid y los pueblos de su entorno durante las últimas décadas del Siglo XVIII, es simplemente apabullante. Ya repararon neste tesoro algunos de los editores de sus sainetes; así dice Emiliano M. Aguilera al comentar el titulado *La Plaza Mayor*: “Como pintura de la época, son de obsevar, en los sainetes de don Ramón de la Cruz, los *detalles* ofrecidos por las alusiones al yantar del Madrid de entonces. Diríase que, en algunos pasajes, estos sainetes son como *bodegones* de Luis Meléndez. También merecen advertirse las alusiones al vestir. ¡Cuán útiles las referencias de nuestro sainetero sobre la indumentaria, así señorial como popular del Madrid goyesco!” (*Sainetes*, Ed. Iberia, Barcelona, 1959, p. 20). Mentira parece que quienes se dedican a reconstruir la indumentaria, el baile y la música de aquel castizo periodo –que desconoció la cremallera, el *velcro*, y los derivados del petróleo–, cometan tantos y tan desafortunados errores de trazo grueso, teniendo como tenemos un material gráfico y escrito al respecto, tan abundante y tan de primera mano.

(12) Informes dictados por Cecilia Acebedo Alonso de 86 años de edad. Fueron grabados en Robledillo de la Jara (Madrid) el día 13 de Agosto de 1991 por J. M. Fraile Gil, A. Fernández Buendía y J. M. Calle Ontoso.

(13) *Archivo Histórico de Protocolos de Madrid*, Caja 41656, Folio 288 y ss. Testamento de Juan Sanz, 23 de Septiembre de 1705. Debo estos datos a la minuciosa búsqueda de Marcos León Fernández.

(14) MESONERO ROMANOS, Ramón de (Madrid 1803–Id. 1882): *Escenas matritenses*, Ed. facsímil de Ediciones Curiosa sobre la de 1851, Barcelona, 1983, p. 32. Romance titulado: *El paseo de Juana*. La mantilla fue el adorno máspreciado y querido para majas y manolas. En un sainete de don Ramón de la Cruz titulado: *Los bandos del Avapiés o la venganza del Zurdillo*, la Zaina –una maja del Avapiés, venida casualmente al Barquillo– ha de dejar en prenda su mantilla para pagar el gasto hecho en una taberna, a lo que se opone el Zurdillo: “ZURDILLO: –Fue el caso que cierto día / vi que entró en casa de Pedro / el tabernero, y con ella / Perdulario el zapatero; / detrás de ellos entré yo; / piden de beber, bebieron; / piden pan, piden sardinas, / y para postre pimientos; / y al pagar el Perdulario / dijo... no tengo dinero, / Zaina, deja tu mantilla / en prendas del gasto hecho. / Yo, porque la Zaina ya / zainamente me había muerto, / me llegué y con majestad / dije: donde hay caballeros / como yo, no se consiente / con las damas tal desprecio” (CRUZ Y OLMEDILLA, Ramón de la: *Sainetes*, Ed. Iberia, Selección, prólogo y notas de Emiliana M. Aguilera, Barcelona, 1959, pp. 184-185). Mantos y mantillas fueron muchas veces objeto de prenda o empeño, sin duda por estar casi siempre reservados por sus dueñas; y así sabemos que a comienzos del Siglo XV en Zaragoza: “Un día de

Jeuda Gallur necesitó de forma urgente una pequeña suma, Violante fue a casa de su vecina y se la pidió prestada, dejando a cambio su manto". Cf. en GARCÍA HERRERO, M. C.: *Las mujeres en Zaragoza en el Siglo XV*, Excmo. Ayto. de Zaragoza–Delegación de Acción Cultural, Zaragoza, 1990, Vol. I, p. 338.

(15) Así vi yo alguna en Estremera de Tajo, perteneciente a *Estefana Zorita*, una adinerada señora que todavía vestía hacia 1935 refajo de paño encarnado con cenefa negra de carro y medias *arrallás* de colorines, pero que presumía en la iglesia de su lugar las centellicas de su barroca mantellina.

(16) Informes dictados por María Ramírez, de unos 80 años de edad. Fueron recogidos en Robledillo de la Jara el día 12 de Diciembre de 1987 por J. M. Fraile Gil, M. León Fernández, A. Fernández Buendía y G. Cotera. Resulta curioso que esta buena serrana recurriese a la misma comparación entre la camisa y el alba sacerdotal, la misma que trescientos años antes utilizó la falsa condesa D'Aulnoy al hablar de la prenda interior con que se cubría una encopetada dama madrileña: "Era su camisa de lienzo finísimo, tan amplia que parecía alba de clérigo..." (*Fantasías y Realidades del viaje a Madrid de la Condesa D'Aulnoy* (1639-1680), *crítico históricamente por el Duque de Maura y Agustín González-Amezúa*, Ed. Saturnino Calleja, Madrid, ¿1946?, VIII Carta, p. 133).

(17) Cantada con la tonada navideña, al compás del pandero y la sartén, por Isidra Camacho Horcajo, de 70 años de edad. Fue grabada en Estremera de Tajo en Diciembre de 1997 por J. M. Fraile Gil, M. León Fernández y A. Fernández Buendía. En el mismo pueblo, la botarga, que salía a lomos de un pollino el día de San Antón (17 de enero): *La hacía un hombre vestido con una camisa de mujer, atá a la cintura con una cuerda, y repreta de confites y caramelos, y el hombre, metía la mano así, por la abeltula del pecho, y sacaba puñaos pa echalos a los muchachos*.

(18) Estos *pololos* se idearon para que las niñas y adolescentes pudieran hacer gimnasia en los colegios, claro está, exclusivamente femeninos; pero fueron también, debidamente ornados de puntillas blancas y pasacintas multicolores para que los grupos de mujeres dedicados al *baile regional*, pudieran efectuar sus acrobáticos bailes. Una autora dice al respecto: "La prenda más típica de aquel uniforme embarazoso, que aprendieron a confeccionar todas las madres y costureras modestas de posguerra, eran unos calzones oscuros, de corte moruno, que se ajustaban por encima de la rodilla y se conocían con el nombre de pololos. El pololo es un invento de la Sección Femenina, ni siquiera la palabra viene en el diccionario. El pololo es prenda ambigua, ya que parece que permite moverse con libertad, pero al no ser de tela elástica y pegadiza a la piel, resulta que tira y estorba; además de lastimar con sus gomas la cintura y los muslos de la usuaria". SESEÑA, Natacha: *Revisita Ozono*, Agosto de 1977. Cito por la edición de MARTÍN GAITE, Carmen (Salamanca 1925–Madrid 2000): *Usos amorosos de la Posguerra Española*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1987.

(19) SANTOS, Francisco (Murió en Madrid): *Las tarascas de Madrid, postrimerías del hombre y tribunal espantoso* (1665), Ed. Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1976, Cap.: *Abusos del séptimo día*. Esta edición a cargo de M. Navarro sigue la segunda, publicada en Madrid en 1694.

(20) CASTILLO SOLÓRZANO, Alonso de: *Op. Cit.*, Cap. II. *En que da razón cómo pasó la gallega en el mesón y cuán celebrada fue en el río hasta su casamiento*.

(21) QUIÑONES DE BENAVENTE, Luis (Toledo c. 1589–Madrid 1651): *Entremés cantado: El casamiento de la calle Mayor con el Prado Viejo*. Cito por la edición de COTARELO Y MORI, Emilio: *Colección de Entremeses, Loas, Bailes, Jácaras y Mojigangas*, Ed. facsímil de la Universidad de Granada, Granada, 2000, Vol. II, p. 557. El carácter cómico del parlamento viene dado, ya de entrada, con la presentación que de sí mismo hace el personaje, parodiando los versos del romance *Búcar sobre Valencia* o *El moro que reata a Valencia*, aparecido ya en el Cancionero sin año y en otras múltiples reediciones a lo largo de todo el Siglo XVI. La descripción colorista que hace del viejo romance cidiano del soberbio moro, debía contrastar con el aspecto estrafalario del ropavejero que pisaba las tablas recitando grandilocuente el sonoro *Hélo, hélo...*, que estaba por entonces aún en la memoria de todos.

(22) Seguidilla recogida en Fuentidueña de Tajo (Madrid), conservada en la memoria de Rufino Terrés Chacón, de 90 años de edad, y grabada allí por J. M. Fraile Gil, J. M. Calle Ontoso y M. León Fernández durante el verano de 1995. Perendengues fueron en principio los pendientes en cuyo centro colgaba un pinjante en forma de pera, generalmente de coral; pero poco a poco por perendengue se fue entendiendo el adorno excesivo y a todas luces superfluo.

(23) CRUZ CANO Y OLMEDILLA, Ramón de la: *La Plaza Mayor. Op. Cit.*, Tomo I, pp. 234 y 235.

(24) SIGUENZA PELARDA, Cristina: *La moda en el vestir en la pintura gótica aragonesa*, Ed. Institución Fernando el Católico del C.S.I.C., Zaragoza, 2000, Cap. I: *Estudio del vestido medieval. 1: El vestido como objeto de estudio*.

(25) TORRES Y VILLARROEL, Diego de: *Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por la Corte*, Edición, introducción y notas de Russell B. Sebold, Ed. Espasa Calpe, Col. *Clásicos Castellanos*, Madrid, 1966, Serie 2ª, Cap. XII, p. 185.

(26) En *El libro de entretenimiento de la pícaro Justina*, publicado en 1605 por Francisco López de Úbeda, encontramos ya un capítulo titulado: *De los trajes de montañeses y coritos*; y dice el autor respecto a este calificativo, que se dio a los asturianos "...porque en tiempos pasados todo su vestido y gala eran cueros". Respecto a la ocupación en la Corte de gallegos y *coritos* como aguadores, dice Vélez de Guevara en el tranco VIII de su *Diablo cojuelo* (1641): "Aquella bellísima fuente de lapislázuli y alabastro es la del Buen Suceso, donde están de aguadores gallegos y coritos para llenar sus cántaros"; y Tirso en *El cobarde más valiente*, apunta: "ORDOÑO: –Un corito a hablarte llega, / de lejas tierras parece. / BOTIJA: –Botija soy, y en Asturias / es mi casa solavieja. / ORDOÑO: –Solariega...". En cuanto a su trabajo como esportilleros dice Francisco Santos en *Los gigantes de Madrid*: "...una tienda de aceite y vinagre, que la administra un corito que tiene más de seis mil ducados, y no ha seis años que vino a Madrid, y aun para comprar una esportilla, no acaudaló en más de seis meses".

(27) *La vida del Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades* (1ª ed. 1554). Edición de José Caso González. Madrid, 1967. Tratado IV: *Cómo Lázaro se asentó con un capellán y lo que con él pasó*, pp. 139-140.

(28) CRUZ CANO Y OLMEDILLA, Ramón de la: *El payo ingenuo. Op. Cit.* de COTARELO, Tomo II, p. 236. En la extensísima con-

lección de sainetes escrita por don Ramón, he tropezado con alguna referencia más a estos prenderos; así por ejemplo en *El Rastro por la mañana* (1770), sitúa de la Cruz otra prendería en el área madrileña que ahora nos interesa, es decir, en la cabecera alta del Rastro, junto a la calle de Toledo: “CARRETERO: –¡Ladrón! ESPEJO: –¡Más ladrón es él! CARRETERO: –¿Yo ladrón, y vendo / cerraduras y candados / flamantes por hierro viejo. / ESPEJO: –Porque los hurta de noche. / CARRETERO: –Él es quien roba y engaña / siempre con ropa de enfermos / contagiosos. ESPEJO: –Es mentira. / Págeme cuartillo y medio / de resolí que ha chiflado / y vuelva más de dos pesos ...”. *Op. Cit.* de COTARELO, Tomo II, p. 137. Como en estas almonedas de ropa se alquilaban también las prendas empeñadas, podían resultar quimeras, si quien las había empeñado volvía a rescatarlas cuando sus alhajas habían sido ya alquiladas. Una de estas situaciones se produce en *Las serranas de Toledo* (1770): “(Entra POLONIA, con la basquiña rica y los relojes). POLONIA: –Agur, agur. PETIMETRA: –Estos son / mis relojes; ¡Ah taimada! / y mi basquiña. POLONIA: –Por hoy, / ya yo la tengo alquilada. / PETIMETRA: –¿Mi ropa de alquiler? Antes / la hiciera dos mil migajas. / Qúitesela...”, *Op. Cit.* de COTARELO, Tomo II, p. 146. Respecto a las fiestas que entre San Juan y San Pedro celebraba la Corte por entonces, nos cuenta al dedillo cómo eran los altares y aun las hierbas con que entonces se ornamentaban. Neste mismo sainete pone en boca de las vendedoras unas curiosas seguidillas que tocan además las relaciones entre los aldeanos vecinos de Madrid –en este caso vecinos de Pozuelo, hoy de Alarcón– y los usías y petimetres, que frecuentaban aquellos pueblecitos en un “veraneo que hoy nos resulta insólito”: “Hierbecitas fragantes, / mastrancitos y trébol / para los altarcitos / de San Juan y San Pedro. // Duélanse compradores / y despáchenos presto / que dejamos las almas / en nuestro pueblo. // Poca fuerza me hace / cuanto en la Corte veo / que más vale un cariño / que todo un reino”.

(29) MESONERO ROMANOS, Ramón de: *Op. Cit.*, p. 10. Fechada en Febrero de 1832.

(30) PÉREZ GALDÓS, Benito: *Bodas Reales. Episodios Nacionales. 3ª Serie. Obras completas. Tomo III*, Ed. Aguilar, 1ª reimpresión de la 1ª edición, Madrid, 1974.

(31) PÉREZ GALDÓS, Benito: *Fortunata y Jacinta*, Tomo I, Ed. Cátedra, Col. Letras Hispánicas, nº 185, 6ª edición, Madrid, 2000. Cap. IX, *Una visita al cuarto estado*, pp. 316-317. Edición a cargo de Francisco Caudet. Las descripciones de Galdós son actas notariales que dan fe del aspecto que debieron presentar las calles madrileñas y sus paseantes en las segunda mitad del Siglo XIX. Sus novelas de ambiente madrileño diríanse cromos litografiados donde bien pudieran ambientar con dignidad películas, piezas de teatro y grupos de baile, quienes se dedican a ese quehacer. Del

tallegillo de los botones saco uno de muestra, es la descripción que el maestro canario hace de Mauricia *La Dura*, una chula de porte bien digno que nada tiene que ver con los zarzueleros fantoches a que se nos tienen tan acostumbrados: “...Mauricia traía unos zapatos muy bonitos, de cuero amarillo, atados con cordones azules terminados en madroños [...], un manto nuevo y a la cabeza un pañuelo de seda de franjas azul turquí y rojo vivo, delantal de cuadritos y falda de tartán, y en la mano un bulto atado con un pañuelo por las cuatro puntas”. *Fortunata y Jacinta. Op. Cit.* Tomo II, Cap. VII, *La boda y la luna de miel*, 2.

(32) BAREA, Arturo (Madrid 1897–Londres 1957): *La forja de un rebelde. I- La forja*, Ed. Turner, 1ª Ed, Madrid, 1984, Cap. III: *Rutas de Castilla*. Los oficios y almacenes que describe con singular encanto y realismo en aquella Cava Baja de su infancia son los del: almacén de hierro, del fabricante de arneros, del tonelero, del pastelero, del comerciante de cuadros, de la tienda de loza, del botero, del cordelero, del talabartero, del tendero de ultramarinos y del lencero, que reproducimos aquí: “...que vende los paños gordos y los sábanas tiesas, de lino crudo, que se vuelven blancas con los años y el sol, y que vende las blusas de seda baratas con brillos de acero, y las faldas de flores chillonas, las pelli-zas con mangas y cuello de caracul de Béjar, los mantones de lana, pesados y peludos, que abrigan a las mujeres y a sus crías, las camisetas y los calzoncillos de paño amarillo, que protegen al hombre en los duros inviernos de Castilla”.

(33) GUTIÉRREZ SOLANA, José (Madrid 1886–Id. 1945): *Madrid. Escenas y costumbres, 1ª Serie* (1913), *El Rastro*. En la titulada *Baile chulo en Las Ventas*, describe don José a un personaje que compró también su rechibante chalina en aquel almacén ambulante: “Félix el *rana*, cajista de oficio, lleva su gorra canela de visera blanca de hueso, traje negro, americana corta ajustada, abierta en dos cortes por detrás, pantalón abotinado, botas blancas sudadas y pañuelo de seda recia, verde claro y negro, comprado en la cabecera del Rastro”.

(34) El único estudio editado hasta la fecha sobre la joyería tradicional en la provincia de Madrid es el de LEÓN FERNÁNDEZ, Marcos: “Notas sobre Joyería tradicional en la provincia de Madrid”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares del C.S.I.C.* Madrid, 1996, Tomo LI-2 (Monográfico dedicado a *La Joyería tradicional y sus contextos religioso, social y simbólico*), pp. 127-154.

(35) PÉREZ GALDÓS, Benito: *Fortunata y Jacinta. Op. Cit.* Cap. IV. *Perdición y salvamento del delfín*, p. 190.

(36) GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón (Madrid 1888–Buenos Aires 1963): *Madrid*. Méndez y Molina editores, Ediciones Almarabú, Madrid, 1987, Cap. I: *El primer trecho de la calle de Toledo*.



DOS LEYENDAS RELACIONADAS CON “LA CABALLADA” DE ATIENZA (GUADALAJARA)

José Ramón López de los Mozos

Recoge Vega García en su libro sobre la fiesta vulgarmente conocida como “La Caballada” de Atienza (1), que “...únicamente, a modo de exposición del origen de la fiesta debemos detallar el argumento histórico-tradicional del mismo, sin entrar a constatar la validez del mismo” (2).

Fundamentalmente es, desde la publicación de los dos trabajos del Dr. Layna Serrano sobre el origen de esta tradición –que se quiere conmemorativa– (3), desde cuando se tiene la idea de que, en realidad, aparecen entremezcladas la historia y la ficción, dado que, de las tres crónicas coetáneas al reinado de Alfonso VIII: *La Historia de los hechos de España*, del arzobispo Jiménez de Rada; la *Primera Crónica General de España*, del rey Alfonso X el Sabio y la anónima *Crónica de veinte reyes*, las dos últimas parecen estar basadas en la primera (4), obra que según don Julio González –quizá el mejor conocedor del reinado de Alfonso VIII y su época– es poco fiable (5).

Sirva, pues, este preámbulo para tratar de establecer las semejanzas existentes entre el relato que ofrece el arzobispo toledano (de hacia 1243), acerca de la estratagema seguida por los recueros de Atienza para salvar al “rey niño” de las garras de su tío y ese otro relato –que ahora presentamos como forma de comparación–, que figura en la *Crónica del rey D. Pedro* del Canciller D. Pero López de Ayala (de mediados del siglo XIV), posterior, al menos, en cien años (6).

Para ello trasladamos ahora la versión que ofrece Vega García, *apud* Jiménez de Rada, (7):

“Y estallando entonces entre ambas casas (Castros y Laras) un largo enfrentamiento, se sucedieron graves peligros y numerosos asesinatos por los dos bandos, hasta el extremo de que esta contienda dio a los leoneses la ocasión de imponerse, llegando a hacerse con algunas zonas de Castilla y Extremadura”.

La intervención de Fernando II de León hizo que los Laras simularan un entendimiento con él, aceptando que Alfonso VIII, el “rey niño”, acatará el vasallaje de su tío en Soria (8).

Y sigue más:

“Y habiendo (don Manrique de Lara) llegado a Soria (donde estaba Alfonso VIII) junto a aquel rey (Fernando II) para que, de acuerdo con el homena-

je, recibiera el vasallaje del rey niño, tras reunirse el conde de Soria, las personas a cuya lealtad había sido encomendado el pequeño rey hablaron así al conde Manrique: “Libre os lo damos y libre guardadlo”. Y en aquel momento, asustado el niño por algo, empezó a llorar en brazos de quien lo sostenía y lo entraron en la casa como para darle de comer, por ver si así dejaba de llorar y lo entregaban a su tío. Entonces un caballero valeroso y leal, Pedro Núñez de Fuente Armegil, cobijó el rey bajo su capa y a lomos de un caballo muy veloz lo llevó aquel mismo día hasta el castillo de San Esteban. Y como el rey de León, los condes y los barones andaban tratando de variadas cuestiones en el concejo de Soria a la espera de que acabara lo que creían suelo del rey niño, el rey de León, que andaba cansado de la espera y deseoso de ver al niño, pregunta por él; y al inquirir del cuidador del niño sobre su estado, respondió: “Se presentó un caballero que se lo llevó para traerlo ante su tío”. Y como los condes intentaran justificar el retraso con diversas excusas, surgido al cabo en la ciudad un gran alboroto, el rey de León, tío del niño, los dejó marchar con la condición de que lo buscasen con la mayor diligencia y que, donde quiera que lo hallasen, se lo entregaran de acuerdo con lo estipulado; y aquella misma noche llegaron a San Esteban. Pero el conde Nuño (don Nuño Pérez de Lara) se les adelantó con el pretexto de buscarlo y, luego de sacar de allí al niño, se refugió al día siguiente en Atienza, e hizo caso omiso, en bien de la libertad de su señor, de la promesa y del homenaje...” (9).

Del mismo modo, veámos ahora el capítulo de “Cómo el rey sopo que algunos vizcaynos levaran a don Nuño, fijo de don Juan Núñez, a Vizcaya: e cómo el rey partió de Burgos por le tomar” y comparemos con lo anteriormente expuesto:

“Estando el Rey Don Pedro en Burgos después que Garci Laso murió, segund dicho avemos, sopo cómo algunos Vizcaynos, e una dueña de Vizcaya que criaba a Don Nuño de Lara, que decían Doña Mencía, que fuera muger de un Caballero Vizcayno que decían Martín Ruiz de Avendaño, partieran de Paredes de Nava, que es en tierra de Campos, do se criaba dicho Don Nuño de Lara, Señor de Vizcaya, fijo de Don Juan Núñez de Lara, e se ivan con él para la dicha tierra de Vizcaya escondidamente, desque sopieron que Garci Laso era muerto, rescelándose, que si el Rey tomase a

Don Nuño en su poder, por quanto Don Juan Alfonso de Alburquerque, e Don Juan Núñez su padre de Don Nuño non se quiesieran bien, que le faría Don Juan Alfonso tener preso: e por esta razón tomaron a Don Nuño, e fuéronse con él a Vizcaya: e era estonce Don Nuño de edad de tres años. E el Rey desde sopo que levaban a Don Nuño, fué empós dellos por ge le tomar, e llegó fasta la villa que dicen Sancta Gadea, que era del Señor de Vizcaya, e es aquende el puerto de la Peña de Orduña, por do descien den a tierra de Vizcaya: e allí sopo el Rey que Don Nuño era puesto en salvo, ca los que le llevaban non folgaron fasta que le pasaron la puente de la Rad, que es en el río de Ebro: e desde pasaron la dicha puente, quebraron un arco, e levaron a dicho Don Nuño a la villa de Bermeo, que es en Vizcaya sobre la mar, donde él era Señor. E veyendo el Rey que non podía tomar a Don Nuño, por quanto non levaba el Rey consigo si nom omes de mulas, entendiendo que los Vizcaynos le defenderían e le pornían en salvo por la mar en la Rochela, que es en el Regno de Francia, o en Bayona, que es del Señorío del Rey de Inglaterra, e son logares por la mar cerca de Vizcaya, tornóse de allí” (10).

Dos niños de corta edad. El uno rey –Alfonso VIII– y el otro Señor de Vizcaya, a la sazón de tres años de edad –Nuño de Lara–, ambos perseguidos por el rey Fernando II de León, –a través de don Manrique de Lara– y por el rey Pedro I, respectivamente. Pero también los dos encomendados a personas responsables y salvadores especiales: don Pedro Núñez de Fuentearmegil (soriano de pro) y don Martín Ruiz de Avendaño (vizcaíno, o sea, vasco), que los pusieron a buen recaudo.

Es posible, como casi siempre sucede en estos casos, que la leyenda y la Historia se mezclen y confundan hasta llegar a un punto en el que sea muy difícil poder separarlas. Y quizá éste sea uno de esos casos, que quizás llegue a la Historia a través de las “comidillas” de las gentes lugareñas y termine, aparentemente, formando parte de la verdadera y auténtica Historia.

Pero, pensemos: ¿Acaso la huída a Egipto, –protagonizada por María, José y el Niño– no es algo similar y quizá la base de este tipo de creaciones?

En líneas generales los dos casos expuestos son muy parecidos y, lo curioso es que ni un solo documento habla a favor de la existencia histórica

del hecho ocurrido en Atienza, que más parece una creación del cronista que, de esa manera, pretendió dar realce a la tradición, mezclando elementos diversos: los propios de los recueros atencinos y los de la leyenda, amalgamándolos, a cambio de unas fotografías en El Pardo, dado que los documentos abarcan una cronología comprendida entre los años 1255 y 1397 ó 98 y se refieren, en líneas generales, a sucesivas concesiones y confirmaciones reales de salvoconductos y seguros de libre circulación por el territorio de la Corona otorgados a los recueros atencinos (11).

NOTAS

(1) VEGA GARCÍA, Jesús de la: *La Cofradía de la Santísima Trinidad y La Caballada de Atienza (Guadalajara). Fuentes documentales y bibliográficas para su estudio. “Libros de Acuerdos y Cuentas”*, Guadalajara, Diputación Provincial de Guadalajara, 2002, pp. 23-35. (Capítulo I-3. Alfonso VIII en Atienza: refugio y traslado del monarca. Historiografía).

(2) *Ibidem.*, p. 23.

(3) LAYNA SERRANO, Francisco: “La histórica Cofradía de La Caballada en Atienza (Guadalajara)”, *Hispania. Revista Española de Historia*, IX (Madrid, C.S.I.C, Instituto Jerónimo Zurita, 1942) e *Historia de la Villa de Atienza*, Madrid, C.S.I.C., Instituto Jerónimo Zurita, 1945.

(4) VEGA GARCÍA, Jesús de la: *Op. cit.*, pp. 24-25.

(5) GONZÁLEZ, Julio: *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, Madrid, 1960, apud. VEGA GARCÍA: *Op. cit.*, pp. 23 y 29-30.

(6) LÓPE DE AYALA, Pero: *Crónica del rey D. Pedro* (Selección), Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.), (Col. Las cien mejores obras de la literatura española, vol. 98), con prólogo de Guillermo Díaz Plaja fechado en Madrid, enero de 1931.

(7) VEGA GARCÍA: *Op. cit.*, p. 24 y nota 17.

(8) *Ibidem.*, *Op. cit.*, p. 24.

(9) *Ibidem.*, pp. 24-25. Las negritas son nuestras.

(10) LOPE DE AYALA: *Op. cit.*, pp. 58-59.

(11) TAMAYO, Alberto: *Colección diplomática de “La Caballada” de Atienza. Estudio y apéndice documental*, Bilbao, Cofradía de la Santísima Trinidad, Asociación de Amigos del Archivo Histórico Provincial de Guadalajara y Bornova Asesores Turístico-Culturales, 2004, p. 16.



Cuentos humorísticos y seriados en la pedanía murciana de Javalí Nuevo

Ángel Hernández Fernández

La colección de cuentos que aquí se presenta fue recogida por Francisca del Cerro y yo en la pedanía de Javalí Nuevo, situada a ocho kilómetros de Murcia capital, en la vega media del río Segura.

Los cuentos fueron grabados en el primer semestre del año 1993 y después transcritos literalmente, de acuerdo a lo que es norma en los trabajos folklóricos actuales. Los narradores son oriundos y residen en su totalidad en Javalí Nuevo, lugar donde aprendieron los cuentos de sus mayores.

En notas a los cuentos se lleva a cabo su catalogación, realizada de acuerdo a Antti Aarne y Stith Thompson, *Los tipos del cuento folklórico. Una clasificación* (trad. de Fernando Peñalosa), FF Communications, 258 (Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 1995). También se menciona, cuando el cuento en cuestión no aparece en el índice referido anteriormente, el catálogo de cuentos aragoneses de Carlos González Sanz, *Catálogo tipológico de cuentos folklóricos aragoneses*, Instituto Aragonés de Antropología (Zaragoza, 1996).

El material que ahora se ofrece forma parte de un conjunto más amplio de literatura folklórica que con el título de *Cuentos y romances de tradición oral de la huerta de Murcia* presenté como trabajo para el curso de doctorado *Folklore y literatura*, dirigido por D. José Fra-dejas Lebrero en la Facultad de Filología de la UNED.

Los cuentos que aquí presento constituyen la segunda entrega de la colección y abarcan los apartados, de acuerdo al catálogo de Aarne-Thompson, de chanzas y anécdotas y cuentos seriados y formulísticos (con la excepción del primer relato, el cual bajo forma humorística narra un argumento propio del cuento maravilloso).

EL QUE QUISO ENGAÑAR A LA MUERTE

Hace muchos años vivió un hombre llamado Patiño que no estaba conforme con la idea de morir. Para evitarlo, quiso engañar a la Muerte de este modo: se vistió de niño con un babero muy corto que apenas le tapaba sus vergüenzas.

Un día, se sentó a la puerta de la iglesia. Y en esto que llega la muerte, la cual, viendo los atributos del viejo que asomaban por debajo del babero, le dijo:

– *Vamos, Patiño,
que tus huevos no son de niño.*

Y se lo llevó (1).

Narradora: *Bárbara Beltrán Hernández*

EL ARRIERO Y SU REATA

Lo que te voy a contar ocurrió hace muchos, muchísimos años; tantos, que los medios de transporte eran inexistentes. No había ni automóviles, ni motos, ni bicicletas, y ni siquiera carros. Las mercancías se tenían que transportar a lomos de caballerías, principalmente en burros, que son unos animales resistentes y muy sufridos. El arriero, con su reata, era el encargado de transportar las mercancías de un lugar a otro.

(¡Ah!, se me olvidaba decirte que se le llama «reata» a un grupo de caballerías unidas entre sí por una cuerda y colocadas en fila. De esta manera, una sola persona, el arriero, podía dirigir fácilmente toda la reata).

Este arriero de nuestro cuento era un hombre bueno, pero algo simplote.

Cierto día que iba con su reata transportando mercancías, se puso a contar las caballerías que tenía a su cargo y le faltaba una; vuelta a contar y el mismo resultado. Entonces se baja del borrico en el que iba montado y cuenta nuevamente, y ya no le faltaba ninguna caballería. Se tranquiliza y monta de nuevo en el borrico. Una vez montado inicia la marcha y, al cabo de un rato, vuelve a contar y otra vez le falta un animal; se baja y al contar desde el suelo están todos los animales.

Entonces el arriero se hace esta pregunta: «¿Cómo puede ser que si cuento montado me falta un burro y si me bajo y cuento los tengo todos?».

Pasaba que cuando contaba montado, no contaba el burro que lo transportaba; y cuando se bajaba y contaba, contaba todos los animales. A esta conclusión llegó después de sesudos razonamientos (2).

Narrador: *Andrés Hernández Navajas*

LA ESPOSA FALSA

Esto era un matrimonio que la mujer decía:

– Marío, yo te quiero mucho; pa que te mueras tú, que me muera yo.

A otro día le volvía a decir:

– Te quiero mucho. Pa que te mueras tú, que me muera yo.

Y venga y venga a decírselo. Entoces dice el hombre:

– Voy a probar yo a ésta, a ver si es verdá lo que dice.

Va y se hace el muerto. Entonces la mujer dice:

– ¡Ay, que se ha muerto mi marío, se ha muerto!

La gente empezó a acudir, empezó la gente venga a llegar a la casa... Entoces ella decía:

– ¡Dejarme sola con él, dejarme sola! ¡Yo quiero estar sola con él!

Y se ponía por la ventana:

– ¡Ay, qué sentir!

[*Cantando:*]

Mañana, si Dios quiere, vendrán por ti;
mañana, si Dios quiere, vendrán por ti.

Y entoces se ponía otra vez por la ventana:

– ¡Ay, qué sentimiento!

Y entoces se ponía por rededor dél:

[*Cantando:*]

– ¡Ay qué gozo tengo porque te has muerto!
¡Ay qué gozo que tengo porque te has muerto!

¡Ay, qué soledá!

[*Cantando:*]

Si tú te has muerto, otro vendrá;
si tú te has muerto, otro vendrá.

Entoces se levantó el hombre y dice:

– Esto no es así ya.

Se levantó; y al levantarse, del susto que se llevó ella, se murió y se queó él vivo.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado (3).

Narradora: *Encarna Ruiz Torres*

LA MUERTE PELADA

Esto era un matrimonio que decía la mujer tamién:

– ¡Ay marío, pa que te mueras tú, que me muera yo!;
¡pa que te mueras tú, que me muera yo!

Y se lo decía tós los días. Y él, cansao, compró un pollo y lo puso en la reja.

Dice:

– Mujer, esta noche vas a dormir tú en la habitación de adentro y yo en la de afuera.

Entoces va ella y abre la puerta de la ventana y ve un pollo pelao en la reja. Dice:

– ¡Ay muerte pelá,
si vienes a por mi marido,
en aquella habitación está! (4).

Narradora: *Encarna Ruiz Torres*

«¡PIOJOSO!»

Pues ná. Eran dos hombres que se pelearon y el uno le dijo al otro «piojoso». Y el otro no quería que le dijera «piojoso» y lo tiró a la cequia.

Se iba hundiendo en la cequia. Como no se se lo podía decir con la boca «piojoso», sacó los brazos y se lo dijo con los dedos (5).

Y colorín colorado,
por el puente de Murcia se va al mercado (6).

Narradora: *Bárbara Beltrán Hernández*

LA MUJER TONTA Y EL MARIDO LISTO

Esto era una que se casó con un campusino y era mu pava, mu tonta. Y fue y el marío se iba a trabajar al campo. Y cuando venía estaba acostá. Y decía:

– ¿Pero qué haces que estás siempre acostá, qué haces?

Y dice:

– Pues ná, que estoy aquí. Y tú veste a trabajar al campo que cuando vengas, aquí estoy.

– Cuando venga tienes que tener al crío arreglao y peinao y curioso.

Dice:

– Bueno.

Pues se va el hombre a trabajar y cuando viene:

– ¿Ánde está el crío?

Dice:

– Está durmiendo hasta esta mañana: no se ha despertao.

Y va a la cuna y se lo encuentra muerto. Despeinán-dolo le rompió los sesos, la tonta. Y entoces le dice:

– Permita Dios que cuando venga mañana estés embarcá.

Dice:

– Bueno.

Pues se va el hombre al campo. Y cuando viene llama a la puerta y dice:

– Espérate, que estoy ya puesta a correr en la barca –rompió las tinajas y en la artesa empezó a remar.

Dice el marío:

– ¿Pero qué ha hecho la tonta esta?

Y entoces, cuando llegó tenía toa la casa llena de agua y ella metía en la artesa, y por allí dando vueltas con la escoba remando. Entoces dice:

– Me voy ahora mismo y te deajo. Me voy, no quiero estar contigo más.

Dice:

– Pues anda, veste, que ande vayas encontrarás más tontos que soy yo.

Pues se va a un pueblo y está el pueblo solo, solitario. Y dice a un viejo que había ahí, sentao en una esquina; dice:

– Pero hombre, ¿qué pasa en este pueblo que no hay nadie, está tó cerrao?

Dice:

– Hijo, han visto un cerrajón en lo alto del campanario y se han metío a la iglesia y no salen. Ha venío un hombre vendiendo medias colorás y se han puesto toas medias colarás y no saben salir de la iglesia: no saben cuáles son sus piernas ninguna pa poder salir.

Dice:

– Ahora verá ustedé qué pronto salen.

Se mete con un látigo. Empieza por el altar mayor, por el cura, a darle latigazos a tós y salieron tós corriendo a la calle que se las pelaban.

Y ya está (7).

Narradora: *Encarna Ruiz Torres*

EL MARIDO EXIGENTE

Esto era un matrimonio. Y la suegra le decía al hijo:

– Tiés que darle a tu mujer una paliza.

Dice:

– Mamá, si no puedo. Si tó lo que digo, dice ella que sí.

– Pues tú vas a llegar y vas a meter el burro, cuando tenga la casa limpia, lo vas a meter de culo pa que le raje toa la casa y se inrite. Entoces tú le das una paliza.

Bueno, pues llega, mete el burro. Dice la mujer:

– ¡Ay, animalico! ¡No le pegues, no le pegues, déjalo! Mira qué bien entra así. Así lo vas a meter tós los días.

Y no tomaba pesadumbre y no le pegaba.

– Pos mañana vas a decirle cuando te diga qué vas a comer: «¿Yo?: una mierda me voy a comer».

Dice:

– Bueno, hombre.

Conque se va al patio y viene con una mierda de gallina y se la pone en el plato. Viene y destapa el plato. Y dice:

– ¿Pero qué es esto?

– ¿Pues tú no me has dicho que querías comerte una mierda? Pues una mierda tienes en el plato.

Y dice:

– Madre, no puedo pegarle de ninguna manera porque tó lo que le digo le viene bien (8).

Narradora: *Encarna Ruiz Torres*

LOS AÑOS BISIESTOS

Era un marchante. Y el hombre pues se iba a los mercados, a los negocios de su ganao y eso.

Y un día pues se fue –siempre que se iba, se iba por dos o tres días–, pero aquel día no sé qué pensó que volvió; así, a la madrugada, volvió a su casa. Y cuando llegó, pues se acuesta en la cama. Y se acuesta, y al hombre le dio por hacer: «Uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis». Decía:

– Mujer, ¿cómo puede ser que haya en la cama seis pies?

– Cállate ya y duérmete, follonero. ¡Qué van a haber seis pies en la cama! Están los tuyos y los míos.

Y a la miaja, otra vez:

– Uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis.

– Pero esto no es antojo mío, ¿sabes?: aquí en la cama hay seis pies.

– Que no, que te duermas y te calles.

En cuanto llegó así a amanecer, pues tenía que salir temprano para irse con el ganao. Dice:

– Bueno, pues ya me voy.

Y salía tan deprisa... –y entonces, en aquellos tiempos, tampoco había luz–; y cogió y en vez de ponerse su chaqueta, se puso las sotanas del cura, que era el que estaba con la mujer. Y se fue.

Y cuando la mujer se levantó y se dio cuenta, va y le dice a una vecina que vivía al lao:

– ¡Ay tía María Pepa, lo que me ha pasao!

– ¿Qué te ha pasao?

– Que, mire: que estaba el cura conmigo y ha venío mi marío. Y en vez de ir a su chaqueta, se ha llevao las sotanas del cura. Imagínese ahora cuando se dé cuenta.

– Tú no te preocupes, que esto lo soluciono yo.

Conque coge la tía, se va pal campo. Y más o menos por donde sabía que él estaba, se va pal campo, coge su copo y en vez de ponerle lino le puso lana. Y se puso allí a hilar. Y llega él, dice:

– Buenos días, tía María Pepa. ¿Qué hace ustedé tan temprano por aquí?

– Pues mira, hijo, que he salío a tomar la fresca un poco.

– ¿Y qué hace?

– Pues hilando.

– ¿Hilando? Pero si no tiene usted lino. Lo que tiene es lana.

– ¡Ay, pues sí que es verdad! ¿Tú sabes qué pasa?: que es año bisiesto

*«y el lino se vuelve lana,
y las chaquetas, sotanas;
y cuatro pies, seis en la cama».*

– ¡Anda, con razón me ha pasao a mí eso! Que fíjate que en vez de llevar chaqueta llevo sotana, y esta noche iba a volver loca a mi mujer con que habían seis pies en la cama.

– Pues no, hijo, eso es porque es año bisiesto.

Y así se quedó tan conforme en que era año bisiesto (9).

Narradora: *Josefa González Pérez*

LA JOROBADA Y EL COJO

Había una muchacha que estaba sentada en su puerta. Llegó un muchacho en un caballo montao y se enamoró de ella, y se hicieron novios.

Cuando ya se casaron, entonces le dijo en la boda el novio:

– ¡Ay, que te engañé! –arboleando la pierna.

Y entonces sacó ella la chepa:

– ¡Y a mí por qué, y a mí por qué! –meneando la chepa.

Y el cuento ha terminado,
y por el puente de Murcia se va al mercado (10).

Narradora: *Bárbara Beltrán Hernández*

LAS TRES NOVIAS POBRES

Había un hombre muy pobre que tenía tres hijas. Un día iban a venir los pretendientes a verlas y como no tenían vestidos nuevos ni dinero para comprar otros, el padre les compró un pequeño detalle a cada una: un anillo, unos zapatos y unos pendientes.

Cuando llegaron los pretendientes, la que llevaba el anillo dijo señalando con el dedo:

– ¡Mira qué araña!

La que llevaba los zapatos, levantando un pie dijo:

– ¿La mato?, ¿la mato?

La última, moviendo la cabeza de manera que se vieran los pendientes, dijo:

– ¡No, no, no!

Así los pretendientes no se fijaron en sus vestidos rotos (11).

Narradora: *M.^a Nieves Fernández González*
(30 años, S. L.)

EL JUEZ DE LOS DIVORCIOS

Un muchacho se quería casar y no encontraba apañó. Y entoces dice su madre:

– Cásate con Fulana, nene.

Decía:

– Ésa es mu grande.

– Cásate con Mengana.

– Esa es mu grande, mamá, ésa no.

– Bueno, pues mira: pues cástate con Mengana, que es más pequeña.

– Pos sí.

Entoces se fue a su casa, habló con ella –antes se usaba hablar con los padres– y tal, y se casó con ella.

Y se ponía ella un camisón de dormir blanco; a otro día uno colorao...: nada; otro día uno negro...: nada. No había ná que hacer. Y entoces dice:

– Nada, yo con éste me desparzo, de éste me desparzo yo.

Y entonces se fue al juzgao y dio cuenta de él:

– Mire usted, que yo me quiero desparcir de con mi marido.

– Dígale usted que venga él a ver por qué motivo por qué es –no sacaban por lo que era («¿Y por qué, y por qué?»): no se lo sacaban.

Conque entonces los llevaron a los dos y van los dos. Dice:

– Bueno, ¿usted por qué se quiere usted desparcir de con su marido, amos a ver?

*–Mire usted, señor juez,
porque como vi que era,
creí que tuviera;
y luego, señor juez,
ni tan siquiera (12).*

– ¿Y vio usted? Entoces, ¿usted por qué se casó con ella?

*– Porque yo, como vi que no era,
creí que no tuviera;
y luego, señor juez –se quita la gorra que llevaba–,
como mi montera.*

Narradora: *Josefa Ruiz Torres*

EL NOVIO TÍMIDO

– Nena, ¿es que el novio no te hace ná? Pos esta noche vas a subir a la cámara con el candil.

Y cuando vino el novio le dijo la madre:

– Tomar el candil y bajarme una cosa de la cámara.

Cuando iban por las escaleras, como veía la novia que no le hacía nada porque estaba de noche, le dijo:

– ¿Es que no me haces nada?

Y entonces le dijo él:

– ¡Fu, que te quemó con el candil!

Narradora: *Bárbara Beltrán Hernández*

A LO QUE DA EL HILO

Era un noviazgo que se iban a casar. Y entonces la novia estaba esperando al novio. Y viendo que no venía, se hizo de noche. Y salían a buscarlo unos hombres. Y se lo encontraron por la mitad del camino y le preguntaron:

– Hombre, ¿cómo vienes tan tarde que se ha hecho de noche? –y llevaba las apargatas atás.

Y él contestó:

– Vengo a tó lo que me da el hilo.

Narradora: *Bárbara Beltrán Hernández*

EL NOVIO Y LA LLUVIA

Esto era un campusino que tenía novia y se fue cá la novia. Y cuando iba a irse empezó a llover mucho. Y dice la novia:

– Madre, está lloviendo mucho. Si se va, se va a calal.

– Pues dile que duerma aquí.

Dice:

– Bueno.

– Dice mi madre que te quedas aquí a dormir.

Dice:

– Bueno.

Se sale pa la puerta. Y viendo que no venía, se asoma y venía calao por allá lenjos. Y cuando llega, dice:

– ¿De dónde vienes?

– Pues de decirle a mi madre que me quedo aquí a dormir.

Narradora: *Encarna Ruiz Torres*

EL NOVIO LITERAL

La Micaela era una moza de aldea que las malas lenguas decían que era fea y de mal encare. Por eso los mozos huían de ella como de mula respingona. Ya había cumplido la treintena y estaba en camino de quedarse para vestir santos, así que pensaron casarla con el Joaquín. El Joaquín no era tonto del todo pero sí una miaja cerril. La culpa fue de la patada que le dio la Torda a los cuatro

años y que lo tuvo sin sentido otros dos, y ni entonces lo recuperó del todo.

Las familias concertaron la boda de los dos mozos y acordaron que el Joaquín fuera a visitar a la Micaela y llevarle unos presentes, como era costumbre en el lugar. La madre del Joaquín puso en el bolsillo delantero de la alforja un hermoso queso casero y dos chorizos de los de mejor ver; en el bolsillo trasero, otros presentes de peor calidad para la madre de la Micaela. Como el Joaquín era corto de palabras y de seso, su madre le repitió muchas veces, para que calara en su dura mollera, que los presentes del bolsillo delantero eran para su futura mujer y los del bolsillo trasero para su futura suegra.

Bien aleccionado por su madre de lo que tenía que decir, al llegar al cortijo de la Micaela el Joaquín se planta en el centro de la cocina con su alforja al hombro y larga este discurso:

– Güenas. Dice mi madre que lo dalante pa ti y lo detrás pa tu madre.

– ¿Qué? –dice el futuro suegro, mosqueado.

– Güenas. Dice mi madre que lo dalante pa ti y lo detrás pa tu madre –repite el Joaquín.

Los hermanos de la novia toman el discurso del Joaquín por una desvergüenza y lo corren a estacazos hasta las mismas puertas de su choza. Y así termina lo que pudo haber sido y no fue (13).

Narrador: *Andrés Hernández Navajas*

EL ZAPATERO Y EL SASTRE

El tío Pepe «el Dulce» (se llamaba así porque tenía mucha melodía para hablar, mucho salero: era muy gracioso) era un hombre que le gustaba mucho el beber pero que no tenía una perra para beber.

Y resulta que tenía un compadre que le llamaban el tío Clanco. Un día llegó el tío Clanco a su casa (que tenía más dinero) y le dijo:

– Hombre, compadre, ¿qué le pasa a usted que lo veo tan triste?

Dice el tío Pepe:

– ¡Qué me va a pasar! ¡Que tanta gana tengo de vino y no lo puedo catar porque no tengo una perra!

Dice el tío Clanco:

– ¿Usted quiere tener cuartos? Si usted quiere tener cuartos, tiene que hacer tó lo que yo le diga.

Dice el tío Pepe:

– Claro que hago lo que usted me diga.

– Pues entonces –dice el tío Clanco– va a hacer usted lo siguiente: usted se va a hacer el muerto. Aunque lo lleven a enterrar, aunque vea usted que viene el cura, aunque

vea que traen la caja, todo, usted tranquilo, que no le va a pasar ná, ná más que se hace el muerto. Yo mañana me encargo de hacer las diligencias del forense, de tó lo que haya que hacer. Y entonces pues usted, cuando vea el resultao, verá cómo aquí hay dinero y mucho dinero. Bueno, pues en eso quedamos.

Se va el tío Clanco de la casa. Aquella noche el tío Pepe se queda. Y otro día amanece el tío Pepe como que se ha muerto. Le dijo que se echara zafrán debajo de los sobacos pa que se pusiera amarillo y que se untara la cara con yeso blanco. Y entonces, claro, hizo lo que le dijo.

Y otro día fue el tío Clanco. Abrió la puerta:

– ¡Ay qué lástima de mi compadre! ¡Anoche se acostó sano y bueno y hoy ha amaneció aquí tieso, hecho un ganso!

Nada, pues tó el mundo fue a ver al tío Pepe:

– Se ha muerto el tío Pepe, se ha muerto el tío Pepe...

Pos por la tarde, a la hora del entierro, se lo llevaron al tío Pepe. Y dijo el tío Clanco:

– Mi compadre no se entierra. Se quea en depósito por si acaso resucitara y ya mañana, si no ha resucitao, lo enterraremos.

Y entonces se vinieron tós: el tío Clanco y toa la gente se vinieron. Se quedó en depósito el tío Pepe aquella noche. Pero a las doce de la noche se acuerda el tío Clanco de que se había dejao el chaleco allí. Y estando acostao dice:

– ¡Madre mía!, si me he dejao el chaleco cuando hemos ido al muerto de mi compadre y me he dejao el chaleco allí en el cementerio. Pos voy ahora mismo por el chaleco.

Se levantó y se fue por el chaleco. Y cuando llegó el tío Clanco por el chaleco, pues estaban unos ladrones que habían robao repartiéndose el dinero. Y el tío Clanco sartó por la tapia, que era muy pequeña, pero al ver que había mucha gente allí se escondió debajo de unas esteras pa que los ladrones no lo vieran y no lo fueran a matar. Y cuando estaban partiéndose el dinero, había una cantidad en la que tocaban a mucho dinero cada uno pero sobraba un dinero que no estaba para igualarse. Y el capitán de los ladrones dijo allí a tós los ladrones:

– Aquí sobra un dinero que no sale parejo para poder igualarnos. El que tenga valor de darle una puñalá al muerto que hay en el depósito, se le da el dinero que sobra.

Y entonces salta uno y dice:

– Yo mismo, voy ahora mismo.

Claro, el tío Pepe, que lo estaba viendo allí en el depósito, estaba diciendo:

– Bueno, pues ahora sí me matan de verdad.

Pero cuando vio que iba a entrar el que iba con el puñal a darle la puñalá, dice:

– ¡Vengan todos mis difuntos!

Dice el tío Clanco, que estaba en el otro lao, debajo de las esteras:

– ¡Allá vamos todos juntos!

Arrearon los ladrones y se lo dejaron tó el dinero. Y se fueron pero se quearon en observancia, a ver lo que pasaba.

Y le dice el tío Clanco al tío Pepe:

– Pepe, dame el cuarto que me debes, que ahora sí que hay cuartos.

Y dicen los ladrones:

– ¡María Santísima!, ¿cuántas almas se habrán juntao que tocan a cuarto cada una a tantos cuartos que llevamos nosotros?

Y entonces arrearon y se fueron corriendo. Y el tío Pepe y el tío Clanco se fueron al pueblo.

El tío Pepe se fue an cá el tío Pepe el Jover, que vendía vino, a beber vino. Y era ya la una y media o las dos de la mañana y ya estaba tó cerrao. Y el tío Pepe llamó y le dice al tío Jover:

– Pepe, abre.

– ¿Quién eres?

– Pepe el Dulce.

– ¿Cómo Pepe el Dulce? ¿Pues a ti no te enterraron ayer?

– Es que me he resucitao pa que me des vino.

Y entonces el tío Pepe le dijo a su mujer:

– Mujer, enciende el candil y espacha a ese hombre si puedes, que yo me he cagao en los pantalones y no puedo salir.

Y entonces salió la mujer, espachó al tío Pepe y dice:

– ¿Qué es lo que ha pasao?

– Pues ná, que me llevaron a enterrarme y resulta que ya me se ha pasao la angustia y me he venío.

Pero luego el tío Pepe empezó a correr tabernas y a tós los taberneros los iba levantando que no le habían querido dar vino antes, y asustándolos a tós. Llegaba a otra taberna:

– ¡Venga, que soy el tío Pepe el Dulce!

Y se hinchó de vino aquella noche a cuenta de tós los taberneros sin que le cobraran una perra (14).

Narrador: *Antonio del Cerro Rosell*

EL INCRÉDULO

Había uno trabajando en el huerto de los jesuitas pero que no creía en Dios, no creía en la religión. Y le dicen los jesuitas:

– Pero mire usted: que se va usted a condenar. ¿Usted cree que está bien que trabajando usted en los jesuitas, Dios luego nos pida cuentas de que usted se ha condenado? Usted se va a condenar. ¿Por qué no cree en Dios?

– Porque no, no creo yo en Dios porque me hacen un lío: porque me dicen que es uno, por un lao, y que luego son tres. Y si es uno no son tres; y si son tres no es uno.

Y dicen los jesuitas:

– Bueno, pero si es que mire usted: son tres personas pero un solo Dios.

– Por ahí ya no entro yo: si son tres, no es uno; y si es uno, no son tres.

– Mire usted: lo mismo que un árbol tiene tres ramas y el tronco y es el mismo árbol, y lo mismo que un arma tiene tres potencias pero es la misma arma...

– Ustedes digan lo que quieran, pero si es uno, es uno; y si son tres, son tres.

Cuando los jesuitas estaban hartos de bregar con él, uno que también trabajaba allí, que era medio analfabeto o analfabeto del tó, les dice:

– ¿Queréis que vaya yo a ver si lo convenzo?

– Si entre tós no hemos podido convencerlo, ¿lo vas a convencer tú?

– Sí, yo a lo mejor lo convenzo.

Fue entonces y le dijo al tonto:

– Hombre, me he enterado de que tú no crees en Dios. ¿Por qué tú tienes que ser ateo y no creer en Dios?

– Porque es que a mí los jesuitas me vuelven loco, porque me dicen a mí, por un lao, que son tres, y por otro lao, que es uno. Y yo digo: si son tres, no es uno; y si es uno, no son tres. O es uno o son tres.

Y dice el otro:

– Bueno, y digo yo una cosa: y si son tres, como si es uno, como si son quince, ¿tú tienes que darle de comer a alguno?

– Pues no.

– Entonces, ¿qué más te da que sea uno, que sean tres, que sean quince o que sean los que sean? Tú cree, y que sean los que quieran.

– ¡Pos tié usted razón, pues si es verdá! (15).

Narrador: *Antonio del Cerro Rosell*

EL TONTO DE LOS JAMONES

Se cuenta de uno del Javalí que lo llamaban el tío Pachicho y estaba trabajando con los jesuitas en los Jerónimos, allí en el huerto, y lo mandaron, porque tenía que recoger unos jamones, a Mula. Y se fue a por los jamones, pero era en tiempo en que había mucha hambre. Y claro,

medio tonto que era y un poco tonto que se hacía, venía por el camino pensando: «¿Pero que los jesuitas se van a comer los cuatro jamones estos y yo no voy a pillar ná?».

Y entonces, cuando pasó por el Javalí dejó un jamón en su casa y se fue a los Jerónimos con los otros tres jamones. Pero los jesuitas le dijeron:

– Bueno, ¿te han dao la factura de lo que valen los jamones?

– Pues sí.

Le entrega la factura. Y decía la factura: «Cuatro jamones a tanto, tanto». Y los jesuitas, como ná más que metió tres, dijeron:

– Pero aquí falta un jamón porque aquí no hay más que tres.

– Pos tres.

– Sí, pero es que la factura dice cuatro.

– Pos cuatro.

– ¡Pero bueno, la factura dice son cuatro!

– Pos cuatro.

– Sí, pero tú traes tres.

– Pos tres.

– ¡Pero bueno!, ¿en qué quedamos? ¿A ti no te han dao cuatro jamones?

– Pos cuatro.

– Pero entonces, ¿cómo es que ahora traes tres?

– Pos tres.

– ¡Chacho!, ¿tú es que quieres volvernos locos? ¿Qué es lo que pasa aquí? Dinos lo que ha pasao aquí: ¿se ha perdido un jamón?, ¿se ha caído? ¿Qué es lo que pasa?

– Pos lo que usted diga.

– Si es que la factura dice cuatro.

– Pos cuatro.

– Si es que tú traes tres.

– Pos tres.

– ¡Anda veste por ahí! ¡Por aquí no vuelvas más!

Y cuando se fue a su casa, dijo:

—Pos eso es lo que yo quería: que me echaran, pero era pa comerme el jamón (16).

Narrador: *Antonio del Cerro Rosell*

¿PAN O LECHE?

Esto era una madre que le pregunta a su hijo:

– Nene, ¿qué quieres?: ¿pan o leche?

Y le responde su hijo:

– Pues deme usted sopas, madre (17).

Narradora: *Ascensión Martínez González*

CHISTES SOBRE BATURROS

1. Un maño con la cara hinchada se encuentra a un amigo y le dice:

– ¿De dónde vienes que tienes la cara hinchá?

– De cá dentista.

– ¿Y qué te ha sacao?

– Cinco pesetas que a mí me duelen.

2. Un baturro vendiendo un pollo. Una señora va a comprárselo y le dice:

– ¿Qué me va usted a llevar por un pollo?

Dice:

– Me paice que por tres pesetas no encontrará usted un pollo como éste.

– Si no fuera tuerto...

– ¿Y eso qué importa? ¿Le va usted a enseñar a escribir?

3. – Amigo, vengo a ver si me puedes dejar la burra.

– No pué ser porque se la ha llevao el circo.

– Si la estoy oyendo rebuznar en la cuadra...

– ¿Pero es que vas a dar más crédito a un animal que a mí? (18).

4. – Maño, ¿qué te gusta más?: ¿la pelota o los toros?

– Los toros.

– Entonces tienes el mismo gusto que las vacas.

5. Un maño se cortó el dedo regando y no lo advirtió. Y cuando salió del agua, vio el dedo y dijo:

– ¡Ridié, qué gusarapo más raro!

Y cuando se puso el calzado, dijo:

– ¡Ridié, que el gusarapo era el dedo gordo de mi pie!

6. Un maño a su yerno:

– Dí, granuja, ¿por qué te has dao prisica en gastarte los cuatro mil reales que le di a mi hija cuando sus casásteis?

– Porque no quiero que digan que yo me casé con la Pabla porque tiene dinero.

7. – Dime, maño, ¿cuánto debes al tabernero?

– De vino, nada; de agua, la mar de litros.

Narrador: *Antonio del Cerro Rosell*

LOS HUERTANOS Y EL TREN

Eran dos que estaban trabajando en la huerta y dijeron:

– Vamos a descansar ahí en la sombra y a echarnos un trago de vino de la bota.

Por allí pasaba el tren. Y dijeron:

– Vamos a estar bebiendo mientras pasan los trenes.

Uno le dijo al otro que bebiera primero mientras pasaba el primer tren, que sólo llevaba la máquina. Y ná más empinarse la bota le dijo el otro:

– Ya está.

Entonces le tocaba al segundo cuando pasara el segundo tren. Y empezó a beber mientras el otro le decía:

– Ni tavía, ni tavía, ni tavía... –así hasta que se bebió la bota.

Eso se le dice a alguien cuando está bebiendo mucho.

Narradora: *Francisca del Cerro Beltrán*

EL CLAVO

Esto sí que ocurrió de verdad. Como entonces los mozos no tenían otras cosas más que cosas de divertirse, le dicen a uno:

– Te damos tanto si vas al cementerio y hincas un clavo en la puerta.

Claro, como era la noche de invierno y hacía aire, pos aquél se fue. Dice:

– Pos claro que voy.

Se fue con un clavo, lo hincó en la puerta del cementerio, que era de hierro, pero como hacía aire se clavó el gabán con el clavo sin darse cuenta. Y cuando iba a salir, cuando se iba a ir ya con el clavo clavao, empezó a tirar y pensaba que es que era un muerto (como era de noche, que no se veía ná, pensaba que es que era un muerto que le tiraba del gabán).

– ¡Que me voy, que me voy, que yo no he hecho ná!

Y no caía en quitarse el gabán y venirse sin abrigo del cementerio. Y entoces, lo que le dieran le darían, pero el agujero que le hizo al gabán... Y el gabán, si pudo desclavar el clavo a otro día, lo desclavó (19).

Narrador: *Antonio del Cerro Rosell*

EL HERMANO TONTO Y EL HERMANO LISTO

Una vez habían dos hermanos, un tonto y uno listo, que el listo tenía novia en el campo. Y se fueron a ver a la novia los dos. Y el listo le dijo al hermano:

– Si te invitan a comer, tú dí que no tienes gana.

Entonces pues después de terminar, que comieron sémola, le sobró a la casa de la novia. Y cuando estaban acostaos le dice el tonto al listo:

– Hermano, yo tengo hambre.

– Bueno, pues levántate sin hacer ruido y ves a la sartén, y con la mano (no busques cuchara porque vas a hacer ruido) te comes la sémola.

Conque, cuando ya se la había comío, vuelve a acostarse otra vez con el hermano y le dice:

– Hermano, que me he untao las manos de sémola.

– Bueno, pues ve al patio, que hay un cántaro que tiene agua. Metes primero la mano, después la otra, te lavas y te vienes.

Pero entonces cogió y metió las dos manos y no pudo sacarlas. Entonces, con el cántaro en las dos manos vuelve y le dice:

– Hermano, que me he traído el cántaro porque no he podido sacar las manos de...

Y le dice el hermano otra vez:

– Pues bueno, ves al patio y en una piedra rompes el cántaro y te vienes.

Y en ese intermedio salió la abuela a cagar al patio en camisa. Y entonces el tonto fue y, ¡pom!, le dio un porrazo y la mató.

Entonces vuelve el hermano y le dice:

– He matao a la abuela.

– Bueno, bueno, vámonos que por la mañana cuando se despierten, que no estemos aquí.

Entonces se fueron y por el camino le dice el hermano:

– ¿Has cerrado la puerta?

Y el tonto dice:

– No,

– Bueno, pues ves y ciérrala y vente pacá.

Conque entonces cogió la puerta, se la echó a cuestras: arrancó la puerta y se fue. Y llegaron a un pino, como era de madrugada, y la subieron a lo alto. Y allí, a pasar la noche.

Y en ese intermedio llegaron unos ladrones a hacer de cenar debajo del pino. Y le dice el tonto al listo:

– Hermano, tengo ganas de mear.

– Bueno, pues mea por ahí con cuidao, por la orilla.

Entonces los ladrones, que habían puesto la sartén pa hacer la cena, les cayó los meaos. Y le dicen los ladrones:

– ¡Olé!, que nos cae del cielo aceite –se dicen unos a otros.

Conque al momento dice el tonto:

– Hermano, que tengo gana de cagar.

– Pues caga con cuidao.

Y volvió a caer a la sartén. Y los ladrones decían:

– Ahora nos echan longanizas del cielo.

Conque, cuando ya les había echao la longaniza (como decían), la puerta se les vino abajo y los ladrones salieron corriendo, diciendo:

– ¡Que se nos echa el cielo encima!

Y pues entonces por la mañana los dos hermanos se fueron a su casa.

Y colorín colorao, este cuento se ha acabao (20).

Narrador: *Antonio Cascales Alarcón*

EL HIJO TONTO

Había una mujer viuda que tenía un hijo que el pobrecillo era muy tonto. Y resulta que su madre lo mandó al molino. Le dijo:

– Nene, anda que te muela la harina ésta que hay en la cabecera y te la traes pa que haga una miaja de pan, que comamos algo.

Y dijo el hijo:

– ¡Pero si yo no sé hablar! ¿Yo qué le voy a decir al hombre?

– Pues tú le dices que te muela tres celemines de harina que llevas.

– ¿Y cómo me voy a acordar yo luego que son tres celemines de harina si yo no sé ná?

– Mira, tú vas por el camino hablando: «Tres celemines ná más, tres celemines ná más, tres celemines ná más...». Y cuando llegues allí le dices al hombre: «Muérame usted tres celemines de harina que llevo».

Pos va diciendo: «Tres celemines ná más...». Y se encuentra un hombre que estaba sembrando tierra, que llevaba más de una fanega sembrá. Y el hombre, que lo oye decir «Tres celemines ná más», dice:

– ¿Pero qué es lo que estás diciendo?: ¿que me produzca esta cebá ná más que tres celemines cuando llevo ya tres fanegas sembrás?

Y salió y le pegó dos o tres guantás.

– ¿Pos qué quié usted que diga? –dijo el tonto.

– Pues que salga bastante.

Pos luego se va por tó el camino:

– Que salga bastante, que salga bastante, que salga bastante, que salga bastante...

Se encuentra a uno que se le había roto un pellejo de vino y se salía tó el vino.

– Que salga bastante, que salga bastante...

– Muchacho, ¿pero qué es lo que dices?: ¿que salga bastante vino? ¡Pues si se ha salío ya la mitá!

Otra paliza.

– ¿Pos qué es lo que quié usté que diga?

– Que no salga ninguno.

– Que no salga ninguno, que no salga ninguno, que no salga ninguno...

Se encuentra a unos jóvenes que estaban por ahí, atascaos en un bancal regao, que no podían salir.

– ¿Qué es lo que dices?: ¿que no salga ninguno? Pos espérate.

Y cuando salió, otra paliza.

– ¿Pos qué quié usté que diga?

– Que te vayas por ahí a segar.

Y se fue entonces y cogió otra vez la cosa de «tres celemines ná más, tres celemines ná más, tres celemines ná más...». Y ya llegó allí y se acordó de los tres celemines. Y como no paraba, no paraba, no paraba, el molinero le dijo:

– ¿Qué es lo que hablas?

Y le pegó otro par de trompazos. Le molió la harina y le dijo:

– Tira pa tu casa, que me vas a volver loco a mí con los tres celemines.

Y cuando le molió la harina, se sube pallá a un cabezo y dice:

– Harinilla por el aire –y empezó a tirar la harina–. Yo he traído el panizo pero la harina que se vaya por el aire. Cuando vaya a llegar, ya tiene mi maire las gachas-migas hechas.

Y llega a su casa y le dice la maire:

– Hijo, ¿dónde está la harina?

– Pos por el aire: harinilla por el aire la he echao. ¿Es que no ha venío?

– ¡Que nooooo! ¡Cómo va a venir la harina por el aire! ¿Pos no te has llevao el panizo? ¿Cómo no has traío la harina?

– Pos si es que a mí me han dicho que la harinilla por el aire venía aquí a la casa.

– Pos ya no comemos hoy. Espérate, que voy a ver si compro algo pa comer.

Pero se fue la mujer a sacar de ande tenía las perras. Y él, ¿qué hizo?: venirse detrás. Y estaba allí una orcilla que tenía su maire con duros en plata. Cuando se fue la maire a comprar comida, pasó por allí un hombre vendiendo ollas. Y le dice:

– ¿Quiere usté esta orza de rulillas que tiene aquí mi mamá por una olla?

– ¿Qué rulillas?

Y las vio y dijo:

– Sí hombre, tráelas –y le cambió una orza de duros en plata por una olla de barro.

Cuando vino la madre, le dijo:

– Miá lo que he comproo.

– ¿Qué has comproo?

– Una olla, que ha pasao por ahí uno vendiendo ollas.

– ¿Pero qué te ha costao?

– Ná: una orza de rulillas que había ahí, que no valía ná.

– ¿La orza de rulillas? ¿Qué rulillas?

Y cuando fue a la orza de los duros, no tenía un duro.

– ¡Ya me ha dao tós los duros que tengo! ¡Ay qué hijo más tonto tengo, que ya no puedo dejarlo solo porque m'arruinao la casa! ¡Anda, tonto, que me voy por no verte! Cuando te vengas, tráete la puerta pacá.

Y el tonto arrancó la puerta y se la echó a las costillas (21).

Narrador: *Antonio del Cerro Rosell*

LA SORDA

Esto era una muchacha que vivía en el campo y estaba sorda la pobre. Le decían María Lías y se iba a casar: le faltaban unos días pa casarse.

Y pasa un vecino con unas mulas que iba a labrar, y ella estaba barriendo la puerta. Y dice el vecino:

– Buenos días, María Lías.

Salta ella y dice:

– De mañana en quince días.

Dice:

– Estás muy sorda.

Dice:

– Con esto del casamiento no estoy muy gorda.

Y dice:

– ¡Pulmonías que te den!

Dice:

– Muchas gracias, eso es lo que es menester (22).

Narradora: *Josefa Ruiz Torres*
(54 años, S. L.)

LA COMUNIÓN DEL GITANO

Entró una vez a una iglesia y estaban dando la comunión. Y el gitano, sin confesar y sin ná, se arrimó a colugar pensando que eso era una cosa que repartían.

Y cuando remató el cura de dar la comunión, ya que la gente se estaba sentando en los bancos, le dijo el gitano al cura:

– Ponga usted otra ronda, que ésta la pago yo (23).

Narrador: *Antonio del Cerro Rosell*

EL CURA DE CUCUÑÁN

Un cura se fue al cielo a preguntar a dónde se habían ido los cucuñanes que habían muerto antes que él. Y entonces San Pedro le dijo:

– Aquí no hay ninguno.

Entonces se fue al purgatorio y el ángel encargado del purgatorio le dijo:

– No hay aquí ninguno de los cucuñanes.

Y entonces el cura, viendo que allí no estaba ninguno ni tampoco en el cielo, dijo: «¿Pues dónde están mis cucuñanes que tanto les prediqué? Si no están en el cielo ni en el purgatorio y al infierno no puedo pasar, y aunque estén en el infierno no pueden salir, ¿qué es lo que vamos a hacer aquí?».

Y entonces el cura se fue al cielo y los cucuñanes se quedaban donde estaban (24).

Narrador: *Antonio del Cerro Rosell*

LA CONFESIÓN DEL GITANO

Esto era un gitano que fue a confesar. Y como los gitanos saben poco de doctrina, cuando llegó le preguntó el cura:

– ¿Cuántos dioses hay?

Dice:

– Veinte.

Dice el cura:

– ¡Qué exagerao! ¿Sabes algo de la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo?

– No.

– Bueno, pues mira: te voy a confesar, pero ya si vienes sin saber ná de los dioses que hay ni de la muerte y pasión de nuestro Señor Jesucristo, ya no te puedo confesar. Esta vez te voy a confesar, pero ya más no.

Y entonces se encuentra, cuando venía por el camino, con otro gitano y le dice:

– ¿Dónde vas?

– A confesar.

– ¿Cuántos dioses le vas a decir al cura que hay?

– Uno.

– ¡Conque le he dicho yo que habían veinte y no se ha conformao! Pero es que además están averiguando la muerte de un payo y dice que a ver si sé yo algo, porque seguramente quieren meternos mano por la muerte de ese payo.

Y ése es el cuento del gitano (25).

Narrador: *Antonio del Cerro Rosell*

EL PIOJO Y EL CURA

Esto era que en el tiempo de los piojos, pues los piojos le picaban a tós los humanos: no respetaban si era cura o fraile o obispo. Entonces resulta que estando haciendo una ceremonia en el altar, pues había un piojo que le estaba picando al cura, y el cura lo sabía pero nadie lo sabía. Y entonces el cura, como en latín se hacían las ceremonias, le dice al piojo:

– In cabezam de sacerdotali picasti. Morirás entre los dedos meuos de Cristum Domino Nostrum.

Y dice el sacristán:

– ¡Amén!

Dice el cura:

– ¿Es que te ha picao a ti tamién? (26).

Narrador: *Antonio del Cerro Rosell*

UN SANTO DE PALO

Todas las mañanas, a la salida del sol, el tío Pedro conducía sus ovejas a pastar. A unos quinientos metros a la salida del pueblo, a la derecha de la cañada, el viejo ciruelo le ofrecía sus frescas frutas, pero eso era antes: hacía dos años que un rayo dañó tan malamente su raíz que ya el tronco era sólo sombra muda de lo que antes fue. Así fue mucho tiempo, y cada mañana el tío Pedro recordaba, haciéndosele la boca agua, los jugosos frutos que el ciruelo le ofrecía.

Grande fue su sorpresa cuando una mañana vio que el tronco del ciruelo había desaparecido. Ya en el pueblo, se enteró de que la gente importante había contratado a

un escultor para hacer una imagen del santo patrón del pueblo y que el escultor había decidido hacer la escultura con la madera del ciruelo. Y así se hizo.

Andando el tiempo, una terrible sequía tenía agostados los campos y las bestias; el polvo y las moscas eran los dueños. Las rogativas simples del cura y de las viejas beatas no dieron resultado. Se pensó hacer una procesión solemne con la imagen del santo patrón que, ya terminada, presidía misas y rosarios en un lugar preferente de la iglesia. La rogativa se anunció de vecino a vecino, pero como el pueblo era pequeño, todos se enteraron y se dispusieron a acompañar al patrón con sus galas de fiesta, aunque no pudieron asearse por aquello de la sequía.

La comitiva recorrió el pueblo calle a calle y hasta casa a casa pero ni una pequeña nubecilla apareció en todo el horizonte. El tío Pedro mira y remira el santo y entre dientes recita:

– *Yo te conocí, ciruelo,
y de tus frutos comí;
los milagros que tú hagas
que me los claven aquí* –en la frente (27).

Narrador: *Andrés Hernández Navajas*

UN CUENTO DE CAZADORES

A mediados del siglo veinte, en los pueblos pequeños de Andalucía, la distracción de los muchachos, en los días de invierno, era reunirse en las barberías y contar u oír contar los relatos de los hechos cotidianos poniéndoles buena dosis de fantasía.

Estos relatos de ordinario eran fantásticos, pero si tenías la suerte de que ese día hubiera cazadores o pescadores, entonces la fantasía se elevaba a lo sublime.

Yo, de naturaleza ingenua, creía a pie juntillas todo lo que allí se decía. Ignoraba, como ahora sé, que cazadores y pescadores son unos grandísimos embusteros. Pero esa ignorancia, acrecentada por mis pocos años, hacía que todo lo que se decía me pareciera maravilloso, ya que no lo ponía en tela de juicio.

Para que os hagáis una idea de cómo eran esos relatos, os voy a contar uno de ellos que tuve la suerte de oír relatar. Fue así: estábamos sentados a lo largo de la pared esperando nuestro turno, cuando llegan dos cazadores hablando entre ellos, pero en tono tan alto que todos los presentes podíamos oírlos. Decía el más bajito:

– Iba yo la otra tarde, a la puesta del sol, a rondar a la Matilde a su cortijo, cuando vi salir una hermosa liebre de unos matorrales. Echo mano para coger la escopeta, pero no la tenía. Entonces saco la pistola, apunto lentamente y disparo. La liebre cae rodando monte abajo. Miro la pieza y veo que la bala le había entrado por una pata y salido por la oreja.

Entonces los oyentes empiezan a decir que eso no podía ser. Ante el apuro del cazador por tan tremendo embuste, sale en ayuda su compañero y aclara:

– Es que la liebre se estaba rascando la oreja.

– Bueno, eso ya sí nos lo creemos –dijeron los presentes.

Una vez fuera de la peluquería, el compañero le dice:

– Otra vez no digas una mentira tan gorda, que me he visto negro para juntarle a la liebre la pata con la oreja (28).

Narrador: *Andrés Hernández Navajas*

EL PIOJO Y LA PULGA

Dice que un piojo se dejó a una pulga haciendo las gachasmigas y cuando volvió, la pulga se había caído dentro de la sartén. Entonces fue a la vecinica de enfrente y le dijo:

– Vecinica de enfrente, dame una gucharica pa sacar la pulguica de las gachicas.

Dice la vecinica de enfrente:

– Pos anda y dile a la cabra que te dé leche.

Fue a la cabra el piojo y le dijo:

– Cabra, dame leche pa la vecinica de enfrente, pa que la vecinica de enfrente me dé una gucharica pa sacar la pulguica de las gachicas.

Dice la cabra:

– Anda y ve a la parra que te dé hoja.

– Parra, dame hoja pa que coma la cabra, pa que la cabra me dé leche pa la vecinica de enfrente, pa que la vecinica de enfrente me dé una gucharica pa sacar la pulguica de las gachicas.

Dice la parra:

– Pos anda y dile al río que te dé agua.

– Río, dame agua pa regar la parra, pa que la parra me dé hoja pa que coma la cabra, pa que la cabra me dé leche pa la vecinica de enfrente, pa que la vecinica de enfrente me dé una gucharica pa sacar la pulguica de las gachicas.

Dice el río:

– Anda, ve y dile a las hijas del rey que vengán a bañarse al río.

– Hijas del rey, ir a bañarse al río, pa que el río me dé agua pa regar la parra, pa que la parra me dé hoja pa que coma la cabra, pa que la cabra me dé leche pa la vecinica de enfrente, pa que la vecinica de enfrente me dé una gucharica pa sacar la pulguica de las gachicas.

– Pos anda y dile al zapatero que nos haga unos zapatos.

– Zapatero, hazle unos zapatos a las hijas del rey, pa que las hijas del rey vayan a bañarse al río, pa que el río me dé agua pa regar la parra, pa que la parra me dé hoja pa que coma la cabra, pa que la cabra me dé leche pa la vecinica de enfrente, pa que la vecinica de enfrente me dé una gucharica pa sacar la pulguica de las gachicas.

– Pos anda y dile al cerdo que te dé cuero.

– Cerdo, dame cuero pal zapatero, pa que el zapatero le haga unos zapatos a las hijas del rey, pa que las hijas del rey vayan a bañarse al río, pa que el río me dé agua pa regar la parra, pa que la parra me dé hoja pa que coma la cabra, pa que la cabra me dé leche pa la vecinica de enfrente, pa que la vecinica de enfrente me dé una gucharica pa sacar la pulguica de las gachicas.

Dijo el cerdo:

– Pos anda y dile al hornero que te dé pan.

– Hornero, dame pan pal cerdo, pa que el cerdo me dé cuero pal zapatero, pa que el zapatero le haga unos zapatos a las hijas del rey, pa que las hijas del rey vayan a bañarse al río, pa que el río me dé agua pa regar la parra, pa que la parra me dé hoja pa que coma la cabra, pa que la cabra me dé leche pa la vecinica de enfrente, pa que la vecinica de enfrente me dé una gucharica pa sacar la pulguica de las gachicas.

– Pos anda y dile al campo que te dé leña.

– Campo, dame leña pal hornero, pa que el hornero me dé pan pal cerdo, pa que el cerdo me dé cuero pal zapatero, pa que el zapatero le haga unos zapatos a las hijas del rey, pa que las hijas del rey vayan a bañarse al río, pa que el río me dé agua pa regar la parra, pa que la parra me dé hoja pa la cabra, pa que la cabra me dé leche pa la vecinica de enfrente, pa que la vecinica de enfrente me dé una gucharica pa sacar la pulguica de las gachicas.

El campo le dio leña pal hornero; el hornero le dio pan pal cerdo; el cerdo le dio cuero pal zapatero; el zapatero le hizo unos zapatos pa las hijas del rey; las hijas del rey fueron a bañarse al río; el río le dio agua pa regar la parra; la parra le dio hoja pa la cabra; la cabra le dio leche pa la vecinica de enfrente; y la vecinica de enfrente le dio una gucharica pa sacar la pulguica de las gachicas.

Pero cuando volvió, la pulguica se había asao (29).

Narrador: *Antonio del Cerro Rosell*

SAN JUAN DE LA BELLOTA

San Juan de la bellota,
que tiene la pipa rota.
¿Con qué se la aviaremos?:
con un palo que le demos.
¿Dónde está ese palo?:
el agua se lo ha llevado.

¿Dónde está el agua?:
los bueyes se la han bebido.
¿Dónde están los bueyes?:
a labrar se han ido.
¿Dónde está el labrador?:
las gallinas lo han escarbado.
¿Dónde están las gallinas?:
a poner huevos se han ido.
¿Dónde están los huevos?:
en el monte Calvario.
Patas de gallina
y patas de gallo (30).

Narradora: *Encarna Ruiz Torres*

EL GATICO

Había una vez un gatico
que tenía las patas de trapico
y el culico de papel...
¿Quieres que te lo cuente otra vez? (31).

Narradora: *Bárbara Beltrán Hernández*

EL REY Y SUS TRES HIJAS

Había una vez un rey que tenía tres hijas
y las metió en tres botijas
y las tapó con pez...
¿Quieres que te lo cuente otra vez? (32).

Narradora: *Bárbara Beltrán Hernández*

DOS POLACOS Y UN FRANCÉS

Una vez habían tres:
dos polacos y un francés.
El francés tira del rabo.
¡Tira, tira, que me cago! (33).

Narrador: *Antonio Cascales Alarcón*

UN CURA CENANDO

Había una vez un curica cenando.
Se le apagó el candil
y no tenía por dónde salir;
salió por la chimenea,
por donde los gaticos mean;
se fue a Caravaca
y se compró una jaca;
llegó a Roma
y se encontró una mona.
Y le dijo:
– Mona, ¿qué comes?
– Pan y cebolla.
– Pues maldito sea tu culo
que tanto se folla (34).

Narrador: *Antonio del Cerro Rosell*

EL CUENTO DE MARÍA SARMIENTO

Érase una vez el cuento de María Sarmiento, que fue a mear y se la llevó el viento; volvió a cagar y se la terminó de llevar (35).

Narradora: *Bárbara Beltrán Hernández*

¿QUIERES QUE TE CUENTE UN CUENTO?

– ¿Quieres que te cuente un cuento recuento que nunca se acaba?

– Sí.

– Yo no digo que sí. Yo digo que si quieres que te cuente un cuento recuento que nunca se acaba.

– No.

– Yo no digo que no. Yo digo que si quieres que te cuente un cuento recuento que nunca se acaba.

– Sí y no.

– Yo no digo que sí ni que no. Lo que digo es que si quieres que te cuente un cuento recuento que nunca se acaba... (36).

Narradora: *Bárbara Beltrán Hernández*

LA CARAVANA DE GITANOS

Una vez era una caravana de gitanos. Iban andando, andando y llegaron a un puente. Se pusieron a cruzar el puente: cruzó el primero, cruzó el segundo... Y cuando terminaron de cruzar el puente, pues aparcaron y se acabó el cuento (37).

Narradora: *Josefa González Pérez*

NOTAS

(1) Tipo [332J], [*Viejo intenta engañar a la Muerte disfrazándose de niño*]: nuevo número-tipo creado por J. Camarena y M. Chevalier en su *Catálogo tipológico del cuento folklórico español: cuentos maravillosos*, Gredos (Madrid, 1995).

(2) Tipo 1288A, *El tonto no puede encontrar al asno que ha montado*.

(3) Tipo 1350, *La esposa cariñosa*.

(4) Tipo 1354, *La muerte del viejo matrimonio*.

(5) La narradora junta las uñas de los pulgares indicando como si se matara una pulga.

(6) Tipo 1365C, *La esposa insulta al esposo llamándolo "cabeza piojosa"*.

(7) Este relato, como es habitual en los cuentos sobre tontos, combina varios chistes que pueden trasladarse fácilmente de un tipo folklórico a otro. Así, se inicia con el motivo de la esposa Perezosa, que da nombre al cuento-tipo número 1370. A continuación se desarrolla brevemente el esquema argumental propio del

tipo 1681B, *El tonto de guardián de la casa y de los animales* (con la nimia diferencia de que aquí los protagonistas no son matrimonio sino madre e hijo), con una secuencia que es variante del tipo 1012, *La limpieza del niño*. Continúa después el relato con el tipo 1384, *El esposo busca tres personas igual de estúpidas que su esposa*, seguido de una variante del 1318A, *El ladrón o el animal en la iglesia confundido con fantasma*, y 1288, *Los tontos no pueden encontrar sus propias piernas*.

(8) Tipo 1408B, *El esposo estupefacto encuentra fallos*.

(9) Variante del tipo 1419G, *Los pantalones del sacerdote*. Carlos González Sanz cataloga esta variante como [1419K], *La sotana del cura*.

(10) Si bien este cuento, no catalogado por Aarne-Thompson, podría situarse entre los tipos 1430-1439, *La pareja tonta*, en realidad se adscribe mucho mejor al 1702B*, *La pareja nupcial no quiere hablar uno a otro; cada uno está tratando de esconder su tartamudeo*, del que constituye una variante de poca importancia: los esposos pretenden ocultar su tartamudeo, en un caso, o la cojera o joroba, en otro.

(11) Tipo 1459**, *Guardan las apariencias*.

(12) Hace la narradora ademán de mostrar algo diminuto.

(13) Cf. tipo 1696, *¿Qué debería haber dicho (hecho)?*

(14) Tipo 1654, *Los ladrones en la cámara del muerto*.

(15) Recoge el cuento Juan Valera, *Cuentos y chascarrillos tomados de la boca del vulgo* (San Sebastián: Biblio Manías, 2000), pp. 26-28: «Conversión de un heterodoxo».

(16) Cf. tipo 1296B, *El indio goloso*.

(17) Lo incluye Chevalier en sus *Cuentecillos tradicionales en la España del Siglo de Oro* (Madrid: Gredos, 1975), signatura K1. Creo que, teniendo en cuenta la descripción que del cuento hacen Aarne-Thompson en su catálogo, podría incluirse en el tipo 1388A*: *Escoge la comida que quieras. – Toda*.

(18) *Ibidem*, O31. También, del mismo Chevalier, véase *Cuentos folklóricos españoles del Siglo de Oro* (Barcelona: Crítica, 1983), relato n.º 204.

(19) Tipo 1676B, *La ropa atorada en el camposanto*.

(20) Tipo 1691, *No comas tan vorazmente*, seguido de 1009, *La vigilancia de la puerta*, y 1653B, *Los hermanos en el árbol*.

(21) Tipo 1696, *¿Qué debería haber dicho (hecho)?*, seguido de 1291D, *Objetos enviados a caminar por sí solos* (la harina enviada por el aire), 1385*, *No sabe de dinero*, y 1009, *La vigilancia de la puerta*.

(22) Tipo 1698D, *La invitación a la boda*.

(23) Variante de 1691A*, *Un predicador es suficiente*.

(24) Tipo 1738B*, *El sueño del clérigo: todos sus feligreses están en el infierno*.

(25) Tipo 1810A*, *¿Cuántos dioses hay?*

(26) Se trata de una variante no catalogada del tipo 1785, *El clérigo en dificultades durante el sermón*, y el 1831, *El clérigo y el sacristán en misa*.

(27) Cuento no catalogado por Aarne-Thompson que sin embargo es muy popular en el ámbito hispánico. Carlos González Sanz le asigna, en su catálogo de cuentos aragoneses, el nuevo número-tipo [1824A], *El santo pariente del pesebre*. Puede consultarse también la bibliografía que de él ofrece M. Chevalier en su libro citado, *Cuentos folklóricos en la España del Siglo de Oro*, relato número 86.

(28) Se trata de una variante no catalogada del tipo 1890, *El tiro afortunado*.

(29) Combinación de los tipos 2021A, *La muerte del gallo*, y 2021*, *El piojo se lamenta por su cónyuge, la pulga*.

(30) Tipo 2011, *¿Adónde te has ido, ganso?* (cf. tipo 2330, *Cuentos-juegos*).

(31) Tipo 2013, *Había una mujer, ... la mujer tenía un hijo* (cf. tipo 2320, *Rondas: cuentos que empiezan y se repiten*).

(32) Véase la nota anterior.

(33) Tipo 2271, *Cuentos falsos para niños*.

(34) Véase la nota anterior.

(35) Véase la nota anterior.

(36) Tipo 2275, *Te doy el cuento del cerdo verde. – No quiero decir eso*.

(37) Tipo 2300, *Cuentos interminables*. La narradora dice que se contaba este cuento para tener entretenidos a los niños mientras comían. La enumeración de los gitanos que cruzan el puente concluía cuando el niño había terminado de comer.



PIEDRAS DE GAMONAL: PERSPECTIVAS INCIERTAS

Fernando Represa Pérez

I. INTRODUCCIÓN: LAMENTACIONES EN VÍA MUERTA

Al abordar la consideración de la cultura en su formalización patrimonial, podemos observar un claro contraste entre los elementos considerados histórico-artísticos, y aquellos legalmente ubicados dentro del ámbito de lo “etnográfico” (*Ley de Patrimonio Histórico Español*, 1985) o “etnológico” (*Ley de Patrimonio Cultural de Castilla y León*, 2002), según una terminología todavía imprecisa (1).



Foto 1

Sin embargo, a todos ellos resulta de aplicación lo establecido en la *Exposición de Motivos* de la reciente *Ley 12/2002, de 11 de julio, de Patrimonio Cultural de Castilla y León*:

“La salvaguarda, enriquecimiento y difusión de los bienes que integran [el Patrimonio Cultural de Castilla y León], cualesquiera

que sean su régimen y titularidad, son deberes encomendados a todos los poderes públicos, derivados del mandato que nuestro texto constitucional les dirige, para que promuevan y tutelen el acceso a la cultura y velen por la conservación y enriquecimiento del patrimonio histórico, cultural y artístico”.

Nuestro objetivo en el presente artículo es poner de manifiesto la precaria situación en la que se encuentra el caserío de *Gamonal*, a pesar de que en el espacio donde se ubica el interés cultural se condensa: su “casco histórico” es atravesado por el Itinerario oficial del Camino Jacobeo, ofreciendo, además, una buena muestra de la arquitectura local.

Su estado actual demanda más que seguir insistiendo en las lamentaciones, que ya se prolongan durante bastantes años, pasar a la acción a través de propuestas que impidan la progresiva ruina como solución al problema (2).



Foto 2

2. BURGOS-GAMONAL: CONTEXTO CAMINERO

Con la expansión de Burgos, tendrá lugar la anexión del núcleo rural de Gamonal de Ríopico en un único Ayuntamiento, llegando a ser con el tiempo uno de los barrios más destacados en cuanto a densidad de población.

Dicha expansión se encuentra vinculada al camino. No podría ser de otro modo, pues la relación de Burgos con el Valle del Ebro y la frontera francesa pasa por Gamonal, siendo en la Edad Media cuando esta relación norte-este se consolida por medio del Camino/s de Santiago.



Foto 3

Por tanto, caminos con raigambre son los que tejen el espacio existente entre Burgos y Gamonal ofreciéndonos la trama sobre la que posteriormente tendrá lugar su evolución urbanística:

Los caminos del norte, que se materializan en la actual Nacional I, la cual constituye el eje de lo que podríamos considerar el “casco histórico” de Gamonal, integrado por la Iglesia de Santa María la Real y Antigua de Gamonal, la Casa-Ayuntamiento (hoy sede de la Policía Local), y lo que antaño era, básicamente, un conjunto de viviendas de labradores, según se desprende de las Respuestas Generales contenidas en el Catastro de Ensenada (1752), que recoge, además, junto a ellas la exis-

tencia de un Hospital de Peregrinos: “una Casa que sirve de Hospicio a los pobres Peregrinos sin renta alguna, la que mantiene a su costa la Cofradía de San Antonio Abad de este lugar”.

Los caminos del sur, que se concretan actualmente en la Nacional 120, junto a la que se elevan un conjunto de edificaciones que reciben la denominación de Capiscol debido al hospital que allí se edificó. Según afirma G. Martínez en su obra *El Camino de Santiago en la Provincia de Burgos*, el hospital recibió dicho nombre por la dignidad catedralicia que lo fundó en el siglo XII, siendo un derivado del latín *caput scholae*, director de la capilla catedralicia.

2.1 Alternativas a la ruina: cultural y turística

Como remedio al abandono proponemos que el conjunto integrado por el caserío y la Iglesia Real y Antigua de Gamonal, con el Camino de Santiago como eje articulador, conforme una unidad de intervención patrimonial, de tal modo que a la interpretación cultural de los inmuebles se le sumara un espacio acotado por las casas dentro del cual podría habilitarse un recorrido sociocultural, que tendría en las casas modestas estaciones en cuyo interior podrían desarrollarse acciones concretas, destacando dos edificaciones principales: un complejo cultural y otro turístico.



Foto 4

Complejo cultural. Esta instalación de nuevo cuño podría recoger los servicios prestados por la actual y ya insuficiente biblioteca colindante, ampliando su capacidad y la oferta de servicios. Así, entre otros, podría dar cabida a una sala de exposición permanente (que podría centrarse en Burgos-Gamonal y la provincia) una sala de exposiciones temporales, un teatro, una biblioteca.

Complejo turístico. Esta iniciativa podría cubrir tres espacios principales.

En primer lugar, una *Oficina de Información Turística*. Especializada en Itinerarios Turístico-Culturales: Ferrocarril Minero, Cañadas, Ruta del Destierro, Camino de Poza (Salinas), Camino de Francia, Calzadas Romanas, el Camino de Santiago en su condición de I Itinerario Cultural Europeo, etc.



Foto 5

En segundo lugar, un *Espacio Interpretativo de Itinerarios Culturales*. Basado fundamentalmente en paneles de gran formato que recojan cartografía en relieve, fotografías aéreas y todas aquellas aportaciones que las nuevas tecnologías ofrecen para los diseños museográficos actuales.

En tercer lugar, un *Albergue*, especialmente concebido para los jóvenes. Gamonal, y especialmente el caserío ubicado a la vera de la Iglesia Antigua de Gamonal, reúne la condiciones más idóneas según los presupuestos básicos antes apuntados de carácter geográfico, histórico y de uso. Según la documentación consultada, Gamonal encuentra su sentido en el camino, habiendo conocido un albergue en este espacio.

En cuarto lugar, habría que contemplar otras dotaciones imprescindibles, como aparcamiento subterráneo, etc.

3. CONCLUSIÓN: RE-VALORIZACIÓN DEL PATRIMONIO

Burgos, una ciudad interpretada desde su tradición caminera, encuentra en el camino un referente desde el que evocar un espíritu universalista que debería impregnar cualquier iniciativa. A través del camino han llegado y siguen llegando gentes de todas partes que pueden hacer de la ciudad un lugar más abierto de intercambio cultural.

Desde este marco cultural, pretendemos satisfacer las expectativas de conservación de lo que acabamos de considerar el "casco histórico" de Gamonal, partiendo de un principio de actuación patrimonial: coherencia geo-histórica entre el contenido de la propuesta y el lugar de aplicación.

Perseguimos promover la conservación de un espacio característico de la arquitectura popular burgalesa inserto en un ámbito netamente urbano, que permita integrar dicho espacio de interés cultural en otro más amplio con el Camino de Santiago como eje articulador.

Junto a la consideración de ese principio de coherencia geográfica e histórica, se ha tenido en cuenta también la función inicial del conjunto. Así, se aspira a que sigan estas antiguas construcciones de Gamonal ofreciendo la misma y esencial prestación que proporcionaban: la de acogida. Esperamos ofrecer una oportunidad para que sigan ofreciendo un servicio, aunque adaptado en la forma y sentido a los tiempos actuales.



Foto 6

Además, se ha considerado también la necesidad que puede tener la ciudad de ofrecer unas prestaciones más amplias y mejores en lo que respecta a su *capacidad de acogida*, concediendo especial atención a un sector, los jóvenes y todos aquellos interesados en el recorrido de Itinerarios Culturales.

Por último, pretendemos generar un efecto “ejemplificador” en la consideración y conservación de la arquitectura popular burgalesa, que aún siendo evidente su importancia y contribución a la estima de los distintos núcleos de la provincia, sin embargo está sufriendo un progresivo deterioro y abandono.

NOTAS

(1) Ello pone de manifiesto cierta ambigüedad en la delimitación de lo que se quiere proteger.

(2) En este sentido, el presente artículo se inspira en un Informe presentado al Ayuntamiento de Burgos con fecha 22 de febrero de 2000, en calidad de invitado a una Comisión de Asesoramiento convocada por la Concejalía de Cultura. Dicho estudio se organiza bajo un común denominador: la constatación de *Burgos como una encrucijada de caminos*.

Así mismo, vid. REPRESA PÉREZ, Fernando: “Un proyecto cultural en una ciudad encrucijada de caminos: Burgos”, pp. 287-292. *Actas del Congreso Internacional sobre Itinerarios Culturales* (Santiago de Compostela). Dirección General de Cooperación y Comunicación Cultural, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Madrid, 2001.

(3) GRINDA, J. L.: *La Arquitectura Popular de Burgos*, Colegio Oficial de Arquitectos, Burgos, 1988.

(4) GRINDA, J. L.: *La Arquitectura Popular de Burgos*, Colegio Oficial de Arquitectos, Burgos, 1988.

FOTOS

Fotos 1 y 2: Gamonal tuvo en la Iglesia de Santa M^a del Campo de Gamonal (siglos X a XII) la Sede Episcopal, en la que residió el Obispo de Oca durante un tiempo, incluso después de trasladarse oficialmente la Sede a Burgos. Ligada a ella se encontraba la Cofradía de los Caballeros (en la que se integraban los “notables de la ciudad”), la cual estará vinculada al nuevo edificio que se construya en el siglo XIV: la Iglesia de Santa María la Real y Antigua de Gamonal.

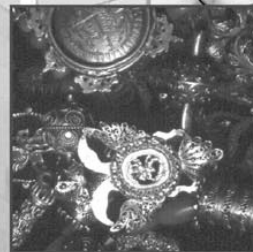
Junto a la Iglesia destaca la Cruz del Peregrino, entre cuyos altorrelieves se encuentra la figura de Santiago Peregrino. Según el destacado autor jacobeo L. Huidobro: “en todo el trayecto principal recorrido por los jacobeos fuera de Lavacolla no se ve un crucero tan rico y bello como éste”.

Fotos 3 y 4: La arquitectura del conjunto de casas que constituyen el núcleo principal del antiguo pueblo de Gamonal muestra el tipo dominante de la comarca en la que se insertan, la casa del páramo del Arlanzón, que se conforma en manzanas más o menos grandes dominadas por la piedra caliza, junto a la que pueden encontrarse, en algunas ocasiones, algún entramado de madera (que recuerda soluciones medievales) y la presencia con carácter complementario de fábricas de ladrillo y adobe, teniendo este último una presencia más significativa en la medianería y edificaciones auxiliares (3).

Fotos 5 y 6: El conjunto permite observar el influjo e incidencia de la arquitectura de finales del siglo pasado y comienzos del presente a través de la presencia del balcón, siguiendo un modelo decimonónico, y la incorporación del ladrillo mezclándose con la piedra, que constituyen un destacado testigo de la entrada de influencias posteriores de procedencia urbana en una arquitectura de vocación rural (4).



MUSEO ETNOGRÁFICO
DE CASTILLA Y LEÓN
ZAMORA



Gracias a todos

Han sido años de recuperación de piezas,
de documentos, de recuerdos... para formar
la gran colección de etnografía
de Caja España, que ahora cobra
su sentido: compartir nuestra memoria.

Caja España

OBRA SOCIAL



Damos soluciones

